

ROBERT BADEN-POWELL



# Mis aventuras como espía

*My Adventures as a Spy*

1915

EDICIÓN REVISADA



# Mis aventuras como espía

*(My Adventures as a Spy)*

ROBERT BADEN-POWELL

*Mis aventuras como espía.* (My Adventures as a Spy)

© 1915 Robert Baden-Powell

Texto original de Robert Baden-Powell, de dominio público. Traducción al castellano difundida por [siemprecout.org](http://siemprecout.org) y reproducida con permiso (traductor y edición de origen en la «Nota sobre esta edición»). Reedición digital revisada (2026): corrección ortográfica y gramatical, lenguaje actualizado al español de España, sin ilustraciones.

Primera edición: 1915

# Índice

|                                               |    |
|-----------------------------------------------|----|
| Nota sobre esta edición .....                 | 7  |
| Nota sobre el contexto histórico .....        | 9  |
| Introducción del traductor .....              | 11 |
| Prólogo .....                                 | 13 |
| 1. Los diferentes rangos de los espías .....  | 15 |
| 2. Los planes de invasión alemanes .....      | 25 |
| 3. Jan Grootboom, mi espía nativo .....       | 31 |
| 4. Transportando información .....            | 35 |
| 5. Planos secretos de fortificaciones .....   | 47 |
| 6. «Cazando mariposas» en Dalmacia .....      | 57 |
| 7. Cómo se disfrazan los espías .....         | 61 |
| 8. Cómo exploré un astillero extranjero ..... | 71 |
| 9. Espiando a las tropas alpinas .....        | 75 |
| 10. Haciéndome pasar por artista .....        | 81 |
| 11. Engañando a un centinela alemán .....     | 85 |
| 12. Un espía es desconfiado .....             | 89 |
| 13. Burlando a un centinela turco .....       | 93 |

|                                    |     |
|------------------------------------|-----|
| 14. El turco y el té .....         | 99  |
| 15. Observando a los bosnios ..... | 103 |
| 16. Encuentro con la policía ..... | 109 |
| 17. Capturado al fin .....         | 115 |
| 18. La huida .....                 | 119 |
| Conclusión .....                   | 121 |

## Nota sobre esta edición



**M**IS AVENTURAS COMO ESPÍA ES LA VERSIÓN EN ESPAÑOL DE *My Adventures as a Spy*, escrito por Lord Baden-Powell de Gilwell, fundador del Movimiento Scout, en 1915, cuando ya había empezado la Primera Guerra Mundial. La traducción es de Jordi Jiménez, y la edición corrió a cargo de la Gerencia Nacional de Publicaciones de la Asociación de Scouts de México, A.C. Esta reedición digital corrige la ortografía y la gramática, actualiza el lenguaje al español de España y conserva las ilustraciones originales, sin cambiar el contenido. Las explicaciones que dependían de los dibujos se han redactado para que se entiendan también por sí solas, y las notas del traductor se han integrado en el texto, en el lugar al que se refieren.



## Nota sobre el contexto histórico



ESTE LIBRO SE ESCRIBIÓ HACE CASI UN SIGLO, EN TIEMPOS DEL Imperio británico, y refleja las ideas, el lenguaje y los valores de su época. Algunos pasajes contienen expresiones y opiniones sobre otros pueblos, razas y culturas que hoy consideramos racistas o coloniales; hablan de la caza, la guerra, la violencia o los castigos con una naturalidad que hoy no compartimos; presentan una visión de los papeles de hombres y mujeres, de la religión o de la sexualidad propia de entonces, o recogen consejos de salud y de primeros auxilios que la medicina actual desaconseja.

Esos pasajes se han conservado tal como están, sin suprimirlos ni suavizarlos, porque forman parte del documento histórico y ayudan a entender cómo nació el Escultismo y cuánto ha cambiado desde entonces. Mantenerlos no significa compartirlos. Los consejos prácticos de seguridad, salud y primeros auxilios no deben seguirse sin contrastarlos con las recomendaciones actuales.

Si este libro lo leen niños o jóvenes, conviene que lo hagan acompañados de un adulto que pueda comentar con ellos esos pasajes.



## Introducción del traductor



**E**STE LIBRO DE B.-P. PERTENECE A SUS OBRAS ANECDÓTICAS, YA que en la mayor parte de él nuestro fundador cuenta varias anécdotas con su estilo tan peculiar.

Al empezar a leerlo te darás cuenta de que B.-P. usa un lenguaje que quizá te parezca ultranacionalista y que, en algunos momentos, tiene incluso cierta carga discriminatoria.

Pero es muy importante que tengas en cuenta que B.-P. escribió este libro en 1915, es decir, cuando ya había empezado la Primera Guerra Mundial. Y él, como buen militar y patriota, tenía que defender y apoyar a su país por todos los medios a su alcance.

En 1910 B.-P. ya había dejado definitivamente el ejército, y fue en 1914 cuando estalló la Primera Guerra Mundial, es decir, siete años después de la fundación de los Scouts, lo que supuso una gran prueba para un Movimiento que aún estaba en ciernes.

Seguramente descubrirás el valor que este libro sigue teniendo hoy al ver cuántos consejos prácticos te da nuestro fundador para formar el carácter, y también para saber ocultarte, tanto en el campo como en la ciudad.

Algunas de las historias que se cuentan aquí ya aparecían en otros libros suyos; aquí se les da unidad y forma para ofrecer muy buenos ejemplos.

Para mí es un gran orgullo que podáis disfrutar en castellano de un escrito de nuestro fundador, para que no solo ampliéis vuestra bibliografía, sino para que descubramos otra faceta de B.-P. que es poco conocida.

Para terminar, me gustaría decir que el fundador trata de despertar nuestros sentimientos patrióticos por la vía práctica. Para B.-P., el espionaje debe ser como un deporte de caballeros, tal y como él lo practicó. Y debe hacerse cumpliendo con nuestra buena acción diaria, como leerás en una de las historias que aquí se cuentan, para llegar a la comprensión y la camaradería mundiales.

*Siempre listo para servir*

*Jordi Jiménez*

# Prólogo



**E**N TIEMPOS DE PAZ ERA DIFÍCIL ESCRIBIR SOBRE EL DELICADO tema de los espías y el espionaje. Pero ahora que estamos en guerra y que los métodos de esos caballeros tan poco escrupulosos han quedado al descubierto, no hay ningún mal en adentrarse en esta cuestión y contar algunas de mis experiencias personales.

Los espías son como los fantasmas: la gente parece tener la sensación general de que algo así debe de existir, pero al mismo tiempo no acaba de creer en ellos, porque nunca se les ve y rara vez se conoce a alguien que haya tenido una experiencia directa con ellos. Pues bien, en el caso de los espías puedo asegurar, por conocimiento personal, que existen, y en número muy elevado, no solo en Inglaterra, sino en toda Europa.

Como ocurre con los fantasmas, cualquier fenómeno que la gente no entiende, desde un ruido repentino en un día tranquilo hasta el crujido de un aparador a medianoche, tiene un efecto alarmante en las mentes nerviosas. Por eso al espía se le mira con excesiva alarma y expectación, porque se le considera, en cierto modo, una especie de diablo.

Como primer paso, conviene quitarse de la cabeza la idea de que todo espía es por fuerza un tipo vil y despreciable. Muy a menudo es listo y valiente.

La palabra «espía» se usa con desprecio y, con el uso, se ha convertido en un insulto. Un ejemplo de mala aplicación del término, que siempre me ha parecido muy duro, es el caso del mayor André. Era suizo de nacimiento y, durante la guerra de Independencia de Estados Unidos, en 1780, se unió al ejército inglés en Canadá, donde acabó siendo ayudante de campo del general sir H. Clinton. El comandante estadounidense de un fuerte cercano a West Point, en el río Hudson, había dado a entender que quería rendirse, y sir H. Clinton envió a André a negociar con él. Para poder atravesar las líneas estadounidenses, André se vistió de paisano y adoptó el nombre de John Anderson. Por desgracia, los estadounidenses lo capturaron, lo juzgaron en consejo de guerra y lo ahorcaron como espía.

Como no intentaba obtener información, no parece muy correcto llamarlo espía. Mucha gente pensaba lo mismo: el rey Jorge III concedió una pensión a su madre y un título a su hermano, y al final sus restos fueron exhumados y enterrados de nuevo en la abadía de Westminster.

# 1. Los diferentes rangos de los espías



**C** AMBIEMOS POR EL MOMENTO LA PALABRA «ESPÍA» POR «IN-vestigador» o «agente militar». Para fines bélicos, estos agentes pueden dividirse en:

1. **Agentes estratégicos y diplomáticos.** En tiempos de paz estudian las condiciones políticas y militares de todas las naciones que podrían llegar a ser enemigas en una guerra. Su trabajo incluye crear conflictos políticos y preparar el terreno para la guerra; por ejemplo, sembrar la sedición entre los egipcios, entre los habitantes de la India o entre la población bóer de Sudáfrica, para provocar un levantamiento si es posible y así crear confusión y distraer a las tropas en tiempo de guerra.
2. **Agentes tácticos, militares o navales.** En tiempos de paz observan hasta el menor detalle del armamento y del terreno. Su trabajo incluye hacer preparativos tácticos sobre el propio terreno, como reunir material para puentes de reserva, preparar emplazamientos para cañones, planear cómo cortar las comunicaciones, etc.
3. **Agentes de campo.** Son los que actúan como exploradores: se disfrazan para inspeccionar las posiciones del enemigo e informar de sus

movimientos en el campo de batalla. Entre ellos hay agentes residentes y agentes oficiales.

Todas estas tareas se reparten, a su vez, entre agentes de distintos rangos, desde los embajadores y sus agregados hacia abajo. Se envía a oficiales de la armada y del ejército a hacer investigaciones especiales por todos los países, y se colocan detectives a sueldo en los lugares donde es probable conseguir información.

También hay espías que son traidores. De ellos no tengo nada bueno que decir. Son hombres que venden por dinero los secretos de su país. Por suerte, en Inglaterra no tenemos problemas con ellos, aunque sí hemos tenido un ejemplo notorio en Sudáfrica.

## **Agentes estratégicos**

En la presente campaña, la traición de guerra de los alemanes —es decir, su investigación política y militar— no ha tenido el éxito que cabía esperar de una organización tan maravillosamente montada. Con las enormes sumas que ha invertido en ella, el Estado Mayor alemán podría haber reclutado razonablemente a hombres de una posición más alta, capaces de tomar el pulso a la situación política mejor que sus agentes justo antes de la crisis actual. Lo cierto es que sus planes para provocar revueltas en un momento crítico no encontraron ninguna respuesta. Tenían grandes ideas para avivar la discordia y el descontento en Egipto y en la India, pero hicieron sus cálculos sin conocer lo suficiente a los pueblos orientales ni lo que sentían hacia Gran Bretaña y hacia Alemania, sobre todo hacia Alemania.

Contaban con el problema irlandés como si fuera a desembocar sin remedio en una guerra civil en Gran Bretaña, una guerra que nos obligar

ía a emplear en nuestras propias islas buena parte de nuestra fuerza expedicionaria.

Nunca previeron que bóeres y británicos colaborarían amistosamente en Sudáfrica. Supusieron que el ejército de ocupación no podría retirarse de allí, y no previeron que Sudáfrica enviaría un contingente contra las colonias alemanas del sur de África mientras las tropas regulares reforzaban nuestro ejército en casa.

Imaginaron que los dominios de ultramar andaban demasiado escasos de hombres, barcos e instrucción como para servir de algo. Nunca previeron que los hombres de Gran Bretaña acudirían en masa a tomar las armas, ni que su carácter nacional les había dado de sobra las cualidades necesarias para ello. Todo esto podrían haberlo descubierto si los alemanes hubieran empleado a hombres de mejor posición social y más educación.

## **Agentes tácticos**

Además de descubrir detalles militares de un país, como la preparación de sus hombres, sus abastecimientos, su eficacia y muchas cosas más, estos agentes tienen que estudiar las características tácticas de montes y llanuras, carreteras y vías férreas, ríos y bosques, e incluso de los posibles campos de batalla, sus posiciones de artillería y mucho más.

En la guerra actual, los alemanes han estado usando unos proyectiles enormes a los que, por sus explosiones de humo negro y denso, se les ha apodado «black marías» o «Jack Johnsons». Para poder disparar estos cañones hace falta construir antes unos cimientos muy sólidos. Pero los alemanes lo previeron mucho antes de la guerra y trazaron sus planes en consecuencia.

Examinaron todo el terreno en el que podrían combatir, tanto en Bélgica como en Francia, y allí donde veían una buena posición para los cañ

ones construían los cimientos y los emplazamientos. Como esto se hacía en tiempos de paz, había que hacerlo en secreto. Para no despertar sospechas, un alemán compraba o alquilaba una granja en el lugar donde se quería construir el emplazamiento. Luego echaba los cimientos de un granero nuevo o de otra dependencia de la granja —o, si estaba cerca de una ciudad, de una fábrica— y, cuando estaban terminados, levantaba encima una construcción ligera.

No había nada en todo esto que despertara sospechas, y así se hicieron muchos de estos emplazamientos antes de que empezara la guerra. Cuando esta estalló y las tropas llegaron al terreno, derribaron a toda prisa los edificios y allí estaban los emplazamientos, listos para los cañones.

Hace algunos años llegó un informe a la Oficina de Guerra: una potencia extranjera estaba construyendo emplazamientos en un lugar del que nunca se había sospechado que tuviera valor militar, y era evidente que pensaba usarlo con fines estratégicos.

Me enviaron a comprobar si el informe era cierto. Por supuesto, no podía ir como oficial: despertaría sospechas, no me dejarían ver nada y probablemente me arrestarían como espía. Así que me fui a pasar una temporada con un granjero amable de la zona, y todos los días salía a cazar perdices y a disparar desde algún puesto escondido por ahí. Lo primero que hice fue observar la campiña en general y tratar de adivinar qué puntos tendrían más valor como posiciones de artillería.

Luego salí a buscar perdices (y otras cosas) por los montes que había elegido, y muy pronto encontré lo que buscaba.

Allí había oficiales tomando ángulos y medidas, acompañados de trabajadores que clavaban estacas en el suelo y marcaban líneas con cinta entre ellas. Como yo pasaba con la escopeta en la mano, el morral al hombro y un perro al lado, no me prestaron ninguna atención, y desde las colinas vecinas pude seguir lo que hacían. Cuando se marchaban a comer o volv

ían a sus cuarteles, yo salía a cazar por el terreno que habían dejado, y aunque no consiguiera un gran morral, al menos reunía una buena colección de dibujos y medidas de los planos de los fuertes y emplazamientos que habían trazado sobre el terreno. Así que, a los pocos días de empezar sus trabajos, ya teníamos sus planos en nuestro poder. Aunque después plantaron árboles en todos esos lugares para disimular los fuertes, y levantaron edificios en otros para ocultarlos, nosotros sabíamos perfectamente dónde estaban los emplazamientos y qué forma y tamaño tenían.

Plantar árboles para esconder obras de defensa tiene a veces el efecto contrario: le enseña a uno dónde están. Un caso notable fue el de Tsingtao, que las fuerzas japonesas y británicas arrebataron a los alemanes. Como allí no había ningún bosque natural, me costó poco saber dónde estaban los fuertes por las plantaciones recientes que había en los alrededores.

## **Agentes residentes**

Estos hombres se instalan de forma casi permanente en el país donde operan. Unos pocos ocupan puestos altos en el mundo social y comercial; suelen ser nuevos ricos ansiosos de condecoraciones y recompensas. Pero la mayoría de los espías residentes son gente de menos categoría, que cobra un sueldo fijo por su trabajo.

Su tarea consiste en recibir instrucciones y repartirlas en secreto entre otros espías que van de un sitio a otro, y en enviar los informes de estos al cuartel general. Por eso tienen un apodo: son los «apartados de correos» del servicio de inteligencia alemán.

También recogen información de cualquier fuente que tengan a mano y la envían a su país. Un tal Steinbauer fue hace algunos años uno de los principales «apartados de correos» en Inglaterra. Estuvo agredado

al séquito del káiser durante la última visita de este a nuestro país, cuando vino como invitado del rey a la inauguración del monumento a la reina Victoria. Un caso de espionaje juzgado en Londres reveló sus métodos: uno de sus agentes fue arrestado después de haber estado vigilado durante tres años. El juicio de Karl Ernst confirmó lo descubierto y sacó a la luz las operaciones de hombres como Schroeder, Gressa, Klare y otros.

Muchos recordarán también el caso del doctor Karl Graves. Este alemán fue arrestado en Escocia por espionaje y condenado a dieciocho meses de prisión, pero poco después lo pusieron en libertad sin dar ninguna razón oficial. Desde entonces ha escrito un relato de lo que hizo, y resulta interesante ver cómo enviaba y recibía la correspondencia del cuartel general del espionaje alemán en sobres con el membrete de los señores Burroughs & Wellcome, los famosos químicos. Se hacía pasar por médico y mandaba sus cartas a través de un posadero de Bruselas o de un modisto de París, mientras que las que iban dirigidas a él llegaban a través de un oscuro estanco de Londres. Una de esas cartas se extravió porque llevaba mal la inicial de su nombre. Correos la devolvió a Burroughs & Wellcome, y al abrirla encontraron dentro una carta en alemán envuelta en billetes, como pago por los servicios prestados. Aquello despertó sospechas contra él: lo vigilaron y al final lo arrestaron.

Graves cuenta que cierto día tuvo desde primera hora la sensación de que lo seguían. Se dio cuenta de que la ropa que había dejado doblada sobre una silla de su habitación estaba doblada de otra manera, ligeramente distinta, mientras él estaba fuera. Algo receloso, preguntó a su casera si había entrado alguien en su cuarto, y ella, visiblemente turbada, negó que ningún extraño hubiera podido estar allí.

Entonces él le sugirió que quizá había pasado su sastre, y ella le dio la razón: eso era lo que había ocurrido. Pero una o dos horas más tarde vio a

su sastre, que le dijo que no se había acercado por allí. Graves dedujo, por tanto, que lo estaban vigilando.

Saberte perseguido sin saber por quién te produce, te lo aseguro, una profunda sensación de miedo, sobre todo cuando sabes que eres culpable.

Hablo con verdadero sentimiento, porque lo he vivido en más de una ocasión, desde que me dediqué a este tipo de exploración en tiempos de paz.

## **Agentes oficiales**

No es frecuente encontrar espías corrientes con suficientes conocimientos técnicos para resultar útiles a la hora de obtener detalles navales o militares. Por eso se emplea a oficiales para conseguir esa información, tanto en tiempos de paz como en el escenario de la guerra. Pero entre los oficiales, y sobre todo entre los alemanes, no es fácil encontrar hombres que sean lo bastante buenos actores, o que sepan disfrazar su aspecto, como para no levantar sospechas. Muchos de ellos han visitado nuestros puertos en los últimos años, pero por lo general se les ha detectado, vigilado y seguido, y por el modo en que hacían sus reconocimientos ha sido fácil deducir qué tipo de operaciones tenían previstas en sus planes.

Recuerdo el caso de un grupo de estos automovilistas que recorría Kent con la excusa de visitar antiguas ruinas romanas. Cuando preguntaban a un lugareño por el sitio exacto de alguna de ellas, este les respondía que no tenía ningún mapa a mano en el que pudiera señalárselo. Entonces uno de los «anticuarios» sacaba enseguida un mapa a gran escala; pero no era un mapa inglés: tenía señalados, por ejemplo, los depósitos de agua, que, aunque existían, no aparecen en ninguno de nuestros mapas corrientes.

Además de las distintas ramas del espionaje que he mencionado, los alemanes también han practicado de forma sistemática el espionaje comercial.

## **Espionaje comercial**

Es bien sabido que muchos jóvenes alemanes han trabajado en empresas británicas sin cobrar sueldo para «aprender el idioma». Pero tienen buen cuidado de aprender mucho más que el idioma: recogen muchas otras cosas sobre métodos comerciales y secretos que pronto se usarán en su propio país.

El espionaje comercial es importante porque la guerra comercial está siempre en el fondo de los preparativos alemanes para la guerra militar.

Carl Lody, antiguo oficial alemán, fue juzgado hace poco en Londres por un consejo de guerra y fusilado por «traición de guerra», es decir, por enviar a Alemania información sobre nuestra armada durante las hostilidades. (Se llama «traición de guerra» al trabajo secreto que se hace fuera de la zona de operaciones; cuando se hace dentro de ella, se llama «espionaje»). A Lody lo vigilaron en todo momento, y la policía de contraespionaje de Londres abría su correspondencia, de modo que la Oficina de Guerra conocía todas sus averiguaciones y toda su información mucho antes de arrestarlo.

Las enormes sumas que Alemania ha pagado en los últimos años han dado lugar a una especie de bolsa internacional de espías, formada sobre todo por germanoestadounidenses, con su cuartel general en Bélgica, que paga muy bien la información que obtienen. Por ejemplo, si alguien necesita los planos de un fuerte nuevo, las dimensiones de un barco nuevo o la potencia de un nuevo tipo de cañón, no tiene más que pedirlo a esta agenc-

ia y acordar un precio, y al poco tiempo recibirá muy buena información sobre el asunto.

Al mismo tiempo, haciéndose pasar por estadounidense, uno puede conseguir muchos detalles menores e información útil sin gastar un céntimo.



## 2. Los planes de invasión alemanes



**G**RACIAS A MI CONTACTO CON ESTA GENTE, ME ENTERÉ DE UNO de los planes con los que los alemanes pensaban invadir nuestro país, y de paso arrojaba cierta luz sobre sus métodos actuales en el trato a la población civil, al margen de los movimientos tácticos de las tropas.

La idea alemana de entonces —hace unos seis años— era que podían, en cualquier momento, bloquear en muy poco tiempo el tráfico del canal de la Mancha con minas y submarinos, y mantener así a nuestras flotas inmovilizadas en sus bases de Spithead y Portland.

Con el estrecho de Dover bloqueado, podrían lanzar a toda prisa una flota de transportes a través del mar del Norte, desde Alemania hasta la costa este de Inglaterra, por ejemplo en East Anglia o, como en este plan, en Yorkshire. Tenían en Alemania nueve puntos de embarque, con muelles y plataformas ya construidos, y gabarras de acero para desembarcar o incluso para hacer la travesía si el mar estaba en calma.

Habían calculado el tiempo medio de los últimos años y llegado a la conclusión de que el 13 de julio es, por término medio, el mejor día del año. Pero, si era posible, querían que el intento coincidiera con un día festivo bancario, cuando las comunicaciones están temporalmente desorgan-

izadas. Y el festivo bancario más cercano al 13 de julio cae a principios de agosto; fue una coincidencia que la guerra estallara precisamente ese día.

Los espías destacados en Inglaterra se encargarían de cortar todas las líneas telefónicas y telegráficas y, donde fuera posible, de volar puentes y túneles importantes, para interrumpir las comunicaciones y sembrar la confusión. La idea de desembarcar en la costa de Yorkshire se basaba en estas razones:

Desde el punto de vista estratégico, no veían a Londres como la capital de Inglaterra, sino que se fijaban más en los grandes centros industriales del centro y el norte, donde, en lugar de seis millones, viven unos catorce millones de personas repartidas en numerosas ciudades y pueblos que hoy están pegados unos a otros en esa parte del país. Su teoría era que, si conseguían atacar con un ejército de hasta noventa mil hombres a través de Leeds, Sheffield, Halifax, Manchester y Liverpool sin encontrar mucha resistencia en las primeras horas, podrían asentarse allí con tanta fuerza que haría falta un ejército poderoso para expulsarlos.

Llevarían pocas provisiones y se quedarían con todas las de la zona, así que tendrían suficiente para mantenerse bastante tiempo. El primer paso de la ocupación consistiría en expulsar de los alrededores a todos los habitantes —hombres, mujeres y niños— y destruir las ciudades. Así, en pocas horas, buena parte de esos catorce millones de personas andarían hambrientas y vagando sin techo por todo el país, un desastre que exigiría una gran fuerza para hacerle frente y que desbarataría por completo nuestro abastecimiento de alimentos y los negocios del país.

Además, la costa oriental de Yorkshire, entre el Humber y Scarborough, se presta a una aventura así: ofrece una buena playa abierta a lo largo de millas, con terreno despejado detrás, que a su vez está protegido por un semicírculo de páramos donde podría instalarse fácilmente la fuerza de

er y el derecho por el Tees, de modo que el desembarco podría hacerse sin interrupciones.

Ese era su plan, basado en la cuidadosa investigación de un pequeño ejército de espías, hace unos cinco o seis años, antes de que se establecieran nuestras bases navales en el norte. Si hubieran declarado la guerra entonces, nuestra armada no les habría estorbado seriamente durante la travesía de sus transportes, que, por supuesto, habrían ido protegidos por ese flanco por toda su flota de guerra.

A primera vista, puede parecer muy fantasioso un plan que se basa por completo en suposiciones, pero al hablar de él con oficiales alemanes comprobé que lo consideraban una propuesta práctica. Se extendieron sobre lo que pensaban hacer con la población civil y anunciaron su brutalidad, explicando que, cuando estallara la guerra, no la harían con mano blanda. Para demostrar a la gente que iban en serio, fusilarían a civiles si hacía falta, y así obligarían a los habitantes, por medio del terror, a cumplir sus exigencias.

Investigaciones posteriores sobre el asunto demostraron que todo lo necesario para el embarque estaba planeado y preparado. En cualquier momento, en el curso normal del comercio, había en sus puertos un gran número de grandes vapores correo disponibles para transportarlos, incluso más de los que harían falta para una expedición así. Y podían concentrar tropas en la zona de los puertos, con el pretexto de unas maniobras, sin despertar ninguna sospecha.

En los libros de estrategia alemanes se dice que el momento de hacer la guerra no es cuando se tiene una causa política para ello, sino cuando las propias tropas están preparadas y las del enemigo no, y que dar el primer golpe es la mejor manera de declarar la guerra.

En su momento expuse todo esto en una conferencia privada ante oficiales, ilustrada con proyecciones y mapas, como un problema militar int-

eresante de estudiar en la situación de entonces. Y no me di cuenta de lo cerca que había estado de dar en el clavo hasta que la prensa publicó un resumen de la conferencia. Aparte de las indignadas preguntas que, por mi culpa, tuvo que soportar el secretario de Estado de Guerra en la Cámara de los Comunes, me llovieron cartas desde distintos puntos de Alemania, con los insultos más violentos de gente de toda condición, lo que me demostró que mis sospechas me habían acercado a la verdad.

«Es usted un general de papel de estraza —me escribió alguien—, y si cree que con sus necias charlas nos va a asustar de lo que está por venir, se equivoca».

## Espías de campo

Es difícil decir dónde termina en la guerra el trabajo de un espía y dónde empieza el de un explorador. Por regla general, la diferencia está en que el espía va disfrazado. Mientras el explorador va de uniforme, se le considera un valiente y se alaban sus recursos para conseguir información. Pero si va un poco más allá y descubre que puede obtener información disfrazándose —aun sabiendo que corre el gran riesgo de que lo fusilen si lo descubren—, entonces se le desprecia de arriba abajo como a un «vil espía». A mí no me parece justo. Un buen espía, sirva al país que sirva, es por fuerza un compañero valiente y valioso. En nuestro ejército no utilizamos mucho a los espías de campo, aunque en las maniobras en las que se han empleado en parte han demostrado lo que son capaces de hacer.

En *Guía para la exploración* escribí: «En materia de espionaje estamos por detrás de otras naciones. El espionaje es, en realidad, un reconocimiento hecho con disfraz. Sus efectos son de tanto alcance que muchas naciones, para frenar el espionaje enemigo, castigan con la muerte al espía que capturan».

Como parte esencial del Escultismo, he escrito un capítulo con indicaciones sobre cómo espiar y cómo atrapar a otros cuando espían.

## **Capturando a un espía**

Capturar espías fue en otro tiempo una de mis obligaciones, y quizá sea la mejor escuela para aprender a espiar con éxito. Tuve la suerte de descubrir a tres, y por ello me felicitó uno de los oficiales de más rango del Estado Mayor del comandante en jefe. Volvíamos juntos a caballo de un gran desfile militar mientras él hablaba del asunto, y me preguntó: «¿Cómo te las arreglas para atrapar a un espía?». Le expliqué nuestros métodos y añadí que la suerte también me había echado una mano.

Justo delante de nosotros, entre la multitud de vehículos que regresaban del campo del desfile, iba un coche de caballos de alquiler, una victoria, en el que viajaba un caballero de aspecto extranjero. Me pareció el tipo de hombre al que conviene no perder de vista; lo seguí discretamente hasta averiguar dónde se alojaba y le puse un detective para que informara de sus movimientos.

Desde nuestros caballos, justo detrás de él, vimos que nuestro extranjero iba leyendo una guía y un mapa de las fortificaciones por las que pasábamos. De pronto le dijo al cochero que se detuviera un momento mientras encendía un cigarro con una cerilla. El cochero paró, y nosotros también.

El desconocido levantó la vista para comprobar que nadie lo observaba, sacó rápidamente una cámara de debajo de la manta que había en el asiento de enfrente, la apuntó hacia la entrada de un nuevo almacén de municiones que acababan de construir para nuestro ejército y tomó una foto. Luego volvió a tapar la cámara a toda prisa, sacó las cerillas y encendió el cigarro. Después le indicó al cochero que siguiera adelante.

Lo seguimos de cerca hasta llegar a un punto donde un policía dirigía el tráfico.

Me adelanté a caballo y le di instrucciones para que detuviera el carruaje y pidiera al hombre su permiso para tomar fotografías. No tenía ninguno. Se le requisó la cámara y se tomó nota de su nombre y su dirección «para continuar con los procedimientos posteriores».

Por desgracia, en aquella época —de esto hace muchos años— nuestras leyes nos ataban las manos a la hora de arrestar y castigar a los espías. La ley solo permitía confiscar y destruir las cámaras que no tenían autorización, y nada más.

Quizá se habría podido seguir con esos «procedimientos posteriores», pero en este caso no hizo falta, porque el caballero sospechoso tomó el siguiente barco hacia el continente.

Aun así, me costó mucho convencer a mi amigo el oficial de que todo aquel episodio no había sido una farsa montada para su especial edificación.

### 3. Jan Grootboom, mi espía nativo



**E**S HUMANO ODIAR A QUIEN ES MÁS LISTO Y MÁS INGENIOSO QUE uno, y quizá eso explique que la gente aborrezca a los espías con el mismo odio mortal que reserva para el hombre que lanza bombas desde un aeroplano, sin distinguir, sobre mujeres y niños, o para quien bombardea catedrales con infernales máquinas de guerra. Pero nadie podría decir que mi espía nativo en Sudáfrica, Jan Grootboom, fuera un hombre vil: era todo un caballero. Alguien que lo conocía lo describió como un «hombre blanco con piel negra», y yo suscribo de corazón esa descripción.

Este es un ejemplo de su trabajo como espía de campo.

Jan Grootboom era zulú de nacimiento, pero como había vivido mucho tiempo entre hombres blancos, como cazador y guía, vestía ropa corriente y hablaba un inglés perfecto. Por dentro, sin embargo, tenía todo el valor y la astucia de su raza.

Para explorar a los matabeles nunca era prudente salir con un grupo grande, porque llamaba la atención. Había que ir solo con un hombre (como Jan Grootboom); así uno podía atravesar sus líneas y tumbarse escondido casi entre ellos, observar cómo estaban dispuestos y conseguir inf-

ormación sobre su número, sus provisiones, el paradero de sus mujeres y su ganado, etc.

En este trabajo se aprovechaba cada noche: la noche servía para acercarse sigilosamente a sus posiciones, y durante el día se les observaba. Pero era imposible hacerlo sin dejar huellas ni rastros, que los ojos entrenados de sus exploradores no tardaban en descubrir. Muy pronto se daban cuenta de que los habían estado observando y, por eso, estaban siempre al acecho para tendernos una emboscada y capturarnos.

Una noche, Jan Grootboom y yo nos habíamos acercado a caballo a uno de los campamentos enemigos y estábamos tumbados esperando la primera luz para descubrir exactamente dónde estaban sus posiciones. Por regla general, el enemigo encendía sus fuegos durante la hora anterior al amanecer para cocinar la comida de la mañana. Así uno podía ver exactamente dónde estaban, corregir su propia posición y buscar un sitio donde esconderse durante el día para observar sus movimientos. En esta ocasión se encendió el primer fuego, luego brilló otro, y luego otro; pero antes de que se hubiera encendido media docena, Grootboom gruñó de repente entre dientes:

—¡Los muy cerdos! Nos están tendiendo una trampa.

En ese momento no entendí lo que quería decir, pero él añadió:

—Quédate aquí un momento; voy a echar un vistazo.

Se quitó toda la ropa, la dejó amontonada y se alejó en la oscuridad prácticamente desnudo. Era evidente que iba a hacerles una visita para ver qué estaba pasando. Lo peor del espionaje es que te hace sospechar siempre, incluso de tus mejores amigos. Así que, en cuanto Grootboom se alejó en una dirección, yo me marché en silencio en otra y me escondí entre unas rocas, en un pequeño *kopje* (*N. del T.: monte aislado que se alza sobre una llanura, como si fuera una isla que emerge del mar*), para tener alguna posibilidad de escapar si su intención era traicionarme y volver con algun-

os matabeles para capturarme. Permanecí allí una o dos horas, hasta que vi a Grootboom volver deslizándose entre la hierba, solo.

Avergonzado de mis dudas, salí a su encuentro y lo encontré riéndose satisfecho mientras volvía a vestirse. Me dijo que, tal como sospechaba, nos habían tendido una emboscada. Lo que le había hecho sospechar eran los fuegos: en lugar de encenderse al mismo tiempo en distintos puntos de la ladera, se habían encendido en orden, uno detrás de otro, evidentemente por un solo hombre que iba de uno a otro. Eso le pareció sospechoso y supuso que lo hacían para atraernos, si andábamos por los alrededores, a examinar el lugar más de cerca.

Grootboom se acercó a ellos arrastrándose por un camino enrevesado, y desde allí pudo ver a todo un grupo de matabeles tumbados en la hierba junto al sendero que probablemente habríamos tomado para llegar; nos habrían sorprendido y capturado. Para confirmar su sospecha, dio un rodeo hasta acercarse a su fortificación y, como si viniera de allí, se metió entre ellos y se puso a charlar. Así descubrió qué pensaban hacer con nosotros y cuáles eran sus planes para los próximos días. Después se despidió, se alejó con toda tranquilidad, como si volviera a la fortificación, se escabulló entre unas rocas y regresó conmigo.

Fue un ejemplo del trabajo de un espía de campo, que, aunque en cierto modo pueda ser taimado y engañoso, exige al mismo tiempo el mayor valor y la mayor astucia personales. Es algo más grande que la valentía corriente del soldado en combate, al que arrastra el entusiasmo de quienes lo rodean, bajo el mando de un oficial y con la compañía y la admiración de los demás.

El valor del hombre que sale solo, sin que nadie lo vea ni lo aplauda, y se juega la vida, es sin duda igual de grande.

Los bóeres emplearon a menudo espías de campo contra nosotros en Sudáfrica. Un bóer que hablaba inglés solía presumir de que, durante la

guerra, había visitado con frecuencia Johannesburgo vestido con el uniforme de un mayor inglés muerto en combate. Pasaba a caballo junto a los centinelas, que en lugar de dispararle lo saludaban, y frecuentaba los clubes y los lugares donde se reunían los oficiales, sacándoles de primera mano toda la información que necesitaba, hasta que caía la tarde y volvía a caballo con su comando.

## 4. Transportando información



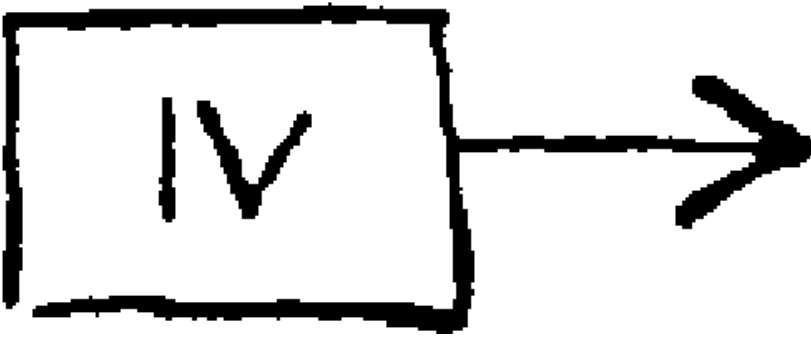
**P**OR NUESTRA PARTE, ADOPTAMOS VARIOS MÉTODOS PARA ENVIAR información en campaña. Mis espías empleaban corredores nativos (sobre todo los ladrones de ganado más astutos) para que me llevaran sus despachos. Estos iban siempre, naturalmente, en clave o en código secreto; por ejemplo, en hindustaní escrito con letras inglesas. Se enrollaban en bolitas y se metían a presión en un agujerito tallado en un bastón, que luego se tapaba con barro o con jabón. También se escondían en la cazoleta de una pipa, debajo del tabaco, de modo que se podían fumar sin levantar sospechas, o se metían entre las suelas de las botas o se cosían en el forro de la ropa del mensajero. Estos nativos entendían además el lenguaje de las señales de humo, que con bocanadas de humo pequeñas o grandes describían los movimientos del enemigo y su fuerza.

### **Señales secretas y alarmas**

A los correos nativos los mandábamos a abrirse paso a través de las líneas enemigas con las cartas bien enrolladas en bolitas, envueltas en papel de plomo como el que se usa para empaquetar el té. Llevaban estas bolitas colgadas del cuello con un cordel. En cuanto veían acercarse a un enemigo-

o, las tiraban al suelo como si fueran piedras y se fijaban bien en el sitio para poder recuperarlas cuando no hubiera moros en la costa. Además, había lugares acordados para esconder cartas y que otros espías las encontraran, y se usaban señales para indicarlos. Estas son algunas de las más frecuentes:

Una marca hecha en el suelo, en el tronco de un árbol o en un poste servía a un explorador para avisar a otro. Significa: «Hay una carta escondida a cuatro pasos en esta dirección».



*Significa: «Hay una carta escondida a cuatro pasos en esta dirección».*

Otro signo sirve para advertir a un explorador de que va en la dirección equivocada. Significa: «Por aquí no».



*Significa: «Por aquí no».*

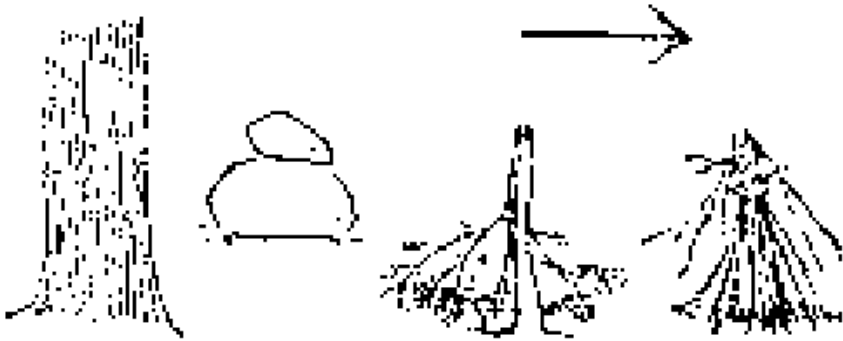
Otro signo de un explorador a otro significa: «He vuelto a casa».



*Significa: «He vuelto a casa».*

Una marca en un tronco, o dos piedras colocadas una encima de otra, indican simplemente que el explorador va por la pista correcta. Para indi-

a la punta de un arbusto o de una rama joven hacia el lado que debe tomar, o se hace lo mismo con un manojo de hierba, que primero se ata y después se inclina.



*La marca en el tronco y las dos piedras, una sobre otra, indican que el explorador va por la pista correcta. Los otros tres dibujos le muestran la dirección que debe seguir: la flecha marcada en el suelo, la punta del arbusto inclinada y el manojo de hierba atado y después inclinado.*

También se puede escribir un mensaje secreto con unos signos que parecen jeroglíficos, pero que lee fácilmente quien conoce el código de semáforo. Este sistema de señales consiste en colocar dos brazos en distintas posiciones, por separado o juntos. Los puntos indican dónde se unen las letras. Por ejemplo, el signo de semáforo de la N son los dos brazos apuntando hacia abajo, formando un ángulo de 90 grados. La I se representa con los dos brazos apuntando a la izquierda con el mismo ángulo. Luego viene otra vez la N, y la E es un solo brazo apuntando hacia arriba a la derecha, en un ángulo de 45 grados. En cada palabra se empieza por el signo de arriba y se lee hacia abajo.

## Espías en tiempo de guerra

Los japoneses, por supuesto, hicieron un uso extenso de los espías en su guerra con Rusia en Manchuria, y el Estado Mayor japonés conocía Puerto Arturo por dentro y por fuera, con todos los defectos de sus fortificaciones y de su equipamiento, antes de que se disparara un solo tiro. En el reglamento de servicio en campaña del ejército alemán hay un párrafo que dice: «El servicio de protección en campaña —es decir, la vanguardia, las avanzadas y el reconocimiento— debe contar siempre con la ayuda de un sistema de espionaje...». Y aunque en el libro sea un párrafo corto, se cumple al pie de la letra. Los espías de campo son un arma reconocida y eficaz. De Federico el Grande se recuerda esta frase: «Cuando el mariscal Soubise va a la guerra, lo siguen cien cocineros; pero cuando voy yo, me preceden cien espías». Oímos que van vestidos con ropas humildes, como campesinos, y que hacen señales con luces de colores, con bocanadas de humo de las chimeneas y usando las agujas del reloj de la iglesia como semáforo.

Con mucha frecuencia se detenía a algún sacerdote que resultaba ser un espía disfrazado, y como tal se le fusilaba. También se descubrió que era espía un chófer alemán con uniforme francés que había estado conduciendo un tiempo para oficiales franceses, y así encontró la muerte.

Al poco de empezar la guerra actual, los espías de campo alemanes tenían su propio código secreto de signos: dibujando vacas de distintos colores y tamaños se transmitían información sobre la fuerza y la dirección de los distintos cuerpos de tropas enemigas de la zona.

Por regla general, se trata de espías residentes que han vivido meses o años como pequeños comerciantes, etc., en las ciudades y pueblos que hoy forman parte del escenario de la guerra. Cuando llegaron los invasor-

es alemanes, escribieron con tiza en sus puertas: «No destruir. Aquí vive buena gente», y también lo escribieron en las de algunos vecinos, para alejar las sospechas. Como pasan por habitantes del lugar, están, por supuesto, en situación de conseguir información táctica valiosa para los jefes de las tropas. Y sus formas de comunicarse son de lo más ingeniosas. En algunos casos, tanto los espías como los jefes tienen mapas divididos en pequeñas cuadrículas. El espía atento avisa a su jefe: «Caballería enemiga estacionada detrás del bosque, en la cuadrícula E 15», y muy pronto una salva de obuses visita el lugar. Se capturó a una mujer espía mientras hacía señales con una linterna eléctrica. Se capturó también a dos hombres (uno de ellos, un viejo picapedrero cojo que trabajaba junto al camino) que llevaban teléfonos de campaña escondidos encima, con el cable enrollado alrededor del cuerpo. Había pastores que recorrían las colinas de noche moviendo sus linternas de un modo que no parecía en absoluto necesario para encontrar el ganado. Y las antenas de telegrafía sin hilos se disimulaban como soportes de chimeneas de hierro.

En la campaña de Sudáfrica, un jefe de estación holandés hizo de espía de campo para los bóeres durante un tiempo breve. Muy breve. Mis fuerzas tomaron su ciudad y su estación, y él, para desviar las sospechas, cortó y tiró todas las líneas telegráficas menos una, que dejó en servicio. Por esa línea enviaba al cuartel general bóer toda la información que podía reunir sobre nuestras fuerzas y nuestros planes. Por desgracia para él, teníamos a un grupo de hombres pinchando la línea, así que pudimos leer todos sus mensajes y luego ponérselos delante.

Otro jefe de estación, en nuestro territorio, espía para el enemigo antes de que empezara la guerra: reclutó como cómplices a simpatizantes del enemigo y a obreros del ferrocarril a lo largo de la línea, con la intención de destruir puentes y alcantarillas en cuanto se declarase la guerra. En su oficina se encontró además un código en el que las distintas armas del

ejército se designaban con términos encubiertos para telegrafiar información. Así:

- *Beams* (vigas) significaba brigadas.
- *Timbers* (maderos) significaba baterías.
- *Logs* (troncos) significaba cañones.
- *Scantlings* (cuartones) significaba batallones.
- *Joists* (viguetas) significaba escuadrones.
- *Planks* (tablones) significaba compañías.

## Las agallas de un espía

Salvo en el caso del espía que es un traidor, no se entiende por qué hay que tratar a un espía peor que a cualquier otro combatiente, ni por qué su oficio ha de considerarse despreciable, porque, en la paz o en la guerra, su trabajo es de lo más emocionante y peligroso. Es intensamente emocionante y, aunque en algunos casos trae una gran recompensa, los mejores espías son hombres que no cobran sueldo: lo hacen por amor al oficio y como una forma realmente eficaz de conseguir algo valioso para su país y para su bando. En su defensa ante el consejo de guerra de Londres, el espía alemán teniente Carl Lody dijo que «no se arrodillaría para pedir piedad. No se avergonzaba de nada de lo que había hecho; por honor, no daría los nombres de quienes le habían encargado aquella misión, por la que no había cobrado nada: la había hecho por el bien de su país, sabiendo que se jugaba la vida. Muchos británicos harían lo mismo por Gran Bretaña». Incluso se habló de él en nuestra Cámara de los Comunes como de «un patriota que había muerto por su país igual que cualquier soldado que cae en el campo de batalla».

Para ser un espía realmente eficaz, un hombre necesita un fuerte espíritu de sacrificio, valor y dominio de sí mismo, capacidad para actuar por su cuenta, rapidez para observar y deducir, buena salud y unos nervios de calidad excepcional. También es útil cierta formación científica cuando hay que tomar los ángulos de un fuerte o averiguar la formación geológica, por ejemplo, del islote que hay bajo el puente de Forth, que, según demostró Graves, podía adaptarse fácilmente para volarlo con explosivos.

¡Para quien esté cansado de la vida, la emocionante vida de espía debe de ser el mejor reconstituyente!

## **Espionaje traicionero**

Otra clase muy distinta de espía es el traidor que entrega los secretos de su propio país. Para él, desde luego, no hay excusa. Por suerte, el británico no suele tener un carácter corruptible, y muchos espías extranjeros en Inglaterra han sido descubiertos precisamente al intentar sobornar a oficiales o soldados para conseguir secretos.

En otros países, en cambio, oímos a menudo hablar de militares extranjeros que caen en esa tentación y acaban siendo descubiertos. Hace poco salieron a la luz unos casos en Austria, donde había oficiales dispuestos a vender información sobre unos refugios secretos que se construyeron el año pasado en la frontera de Bucovina. Los detalles cayeron en manos de otra potencia a los pocos días de hacerse los planos.

Al parecer, cuando las sospechas recayeron sobre un oficial en Austria, el caso no se hizo público, sino que se llevó en privado, incluso por el propio emperador. Cuando se le declaró culpable, se procedió así: cuatro amigos del acusado fueron a verlo, le comunicaron las pruebas que había en su contra, le dieron un revólver cargado y lo dejaron solo. Se quedaron

ararse; si no lo hacía en un tiempo razonable, entrarían y lo matarían ellos.

## **La organización alemana de espionaje**

El sistema de espionaje alemán va mucho más allá que el de cualquier otro país. Su extensión, su coste y su organización quedaron expuestos con todo detalle después de la guerra con Francia de 1870, cuando se demostró sin lugar a dudas que el Gobierno alemán tenía en Francia una organización de más de 20.000 informadores a sueldo, dirigidos por un solo hombre, Stieber, con fines políticos y militares. Las maquinaciones eran tan completas que, cuando Jules Favre fue a Versalles a negociar con el Estado Mayor alemán la rendición de París, en la estación subió a un carruaje cuyo cochero era un espía alemán, y lo llevaron a una casa que en realidad era el cuartel del departamento de espías. El propio Stieber hizo de ayuda de cámara, presentándose como «un criado completamente de confianza». Stieber aprovechó su puesto para registrar de arriba abajo los bolsillos y las carteras de documentos de su amo todos los días, y reunir así los datos y las informaciones más valiosos para Bismarck.

En apariencia, los métodos alemanes de espionaje parecieron decaer a partir de entonces, aunque al mismo tiempo eran sobradamente conocidos en toda Europa. Pero desde entonces se han perfeccionado con mucho cuidado y se han puesto en práctica no solo en Francia, sino en todos los países del continente y también en Gran Bretaña.

## **El valor de ser estúpido**

Por suerte para nosotros, nos tienen por una nación extraordinariamente estúpida y, por tanto, fácil de espiar. Pero no siempre es seguro juzgar por las apariencias.

Hace algunos años, nuestro embajador en Constantinopla tenía el aspecto campechano y franco de un granjero británico, sin ninguna doblez aparente en su carácter, y por eso todos sus rivales en las intrigas políticas lo tenían por un hombre honrado y sin malicia. Solo después de que fracasaran una y otra vez sus distintas maniobras descubrieron que, en todos los casos, quien las desbarataba era aquel hombre de aspecto inocente, que en el fondo era astuto como un zorro y tan hábil diplomático como el que más en todo el servicio.

Y lo mismo nos ha pasado a los británicos. Los espías extranjeros destinados en nuestro país creían que no les costaría nada engañar a gente tan estúpida, y nunca sospecharon que nuestro servicio secreto había descubierto a la mayoría de ellos y los vigilaba de cerca. Pocos han llegado a este país sin pasar por el escrutinio de un discreto caballero anciano, con sombrero de copa y paraguas, que con un simple gesto del dedo pone a un detective tras los talones del visitante hasta averiguar dónde está y a qué se dedica, y comprobar que todo está en orden.

Durante años, la correspondencia de esta gente se ha abierto con regularidad, se ha tomado nota de ella y se ha dejado seguir su camino. Por lo general no merecía la pena arrestarlos: la información que enviaban no tenía ninguna importancia urgente, y mientras creyeran que pasaban inadvertidos, sus superiores no se molestarían en mandar en su lugar a hombres más astutos. Así sabíamos qué buscaba el enemigo y qué información había recibido, y en general no era gran cosa.

El 4 de agosto, un día antes de la declaración de guerra, se arrestó formalmente a los veinte espías principales y se procesó también a más de doscientos de sus agentes menores, de modo que su organización les falló justo cuando más la necesitaban. Se tomaron medidas para impedir que se pusiera a nadie en su lugar. Se dismantelaron las estaciones privadas de tel-

ografía sin hilos y, por medio de trampas, se descubrió a quienes no se habían presentado voluntariamente a registrarse.

A algunos de nosotros nos divertía observar a los espías extranjeros trabajando en nuestro territorio. Uno me interesó especialmente porque se había establecido, en apariencia, como comerciante de carbón. Sus reconocimientos diarios por la zona, sus apuntes sobre los caminos y sus demás movimientos para preparar sus informes los observábamos y anotábamos todos.

Sus cartas se abrían en Correos, se volvían a cerrar y se dejaban seguir su camino. A sus amigos los vigilábamos y los seguíamos como una sombra desde el momento en que llegaban, cosa que hacían por Hull en lugar de por Londres. Y mientras él se afanaba en su trabajo, perdiendo el tiempo, el muy inocente no sabía que lo vigilaban y que, de paso, nos estaba proporcionando muchísima información.

Otro vino solo por unas horas y se marchó antes de que pudiéramos atraparlo, pero como conocía sus movimientos y las fotografías que había tomado, pude escribirle para decirle que, si hubiera sabido de antemano que quería fotografiar aquellos lugares, le habría dado algunas fotos ya hechas, porque los fuertes que fotografió estaban en realidad anticuados.

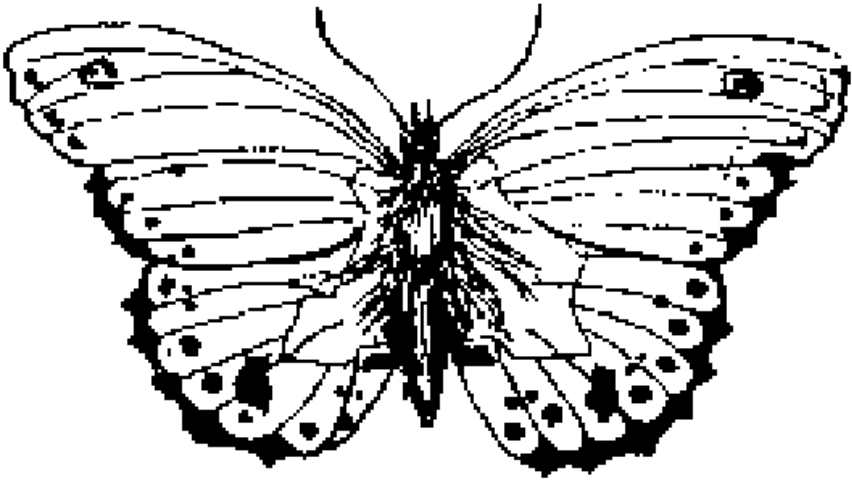
Por otra parte, al inglés de lo más estúpido que vagabundeaba por países extranjeros dibujando catedrales, cazando mariposas o pescando truchas se le consideraba simplemente un lunático inofensivo. Llegaba incluso a invitar a los oficiales a ver sus dibujos, que, como estaban por encima de toda sospecha y nadie los miraba con atención, podrían haber revelado los planos y el armamento de sus fortalezas, escondidos entre las nervaduras de las hojas de sus dibujos botánicos o en las alas de sus mariposas. Hubo dibujos secretos de fortalezas de este tipo que se usaron con éxito.



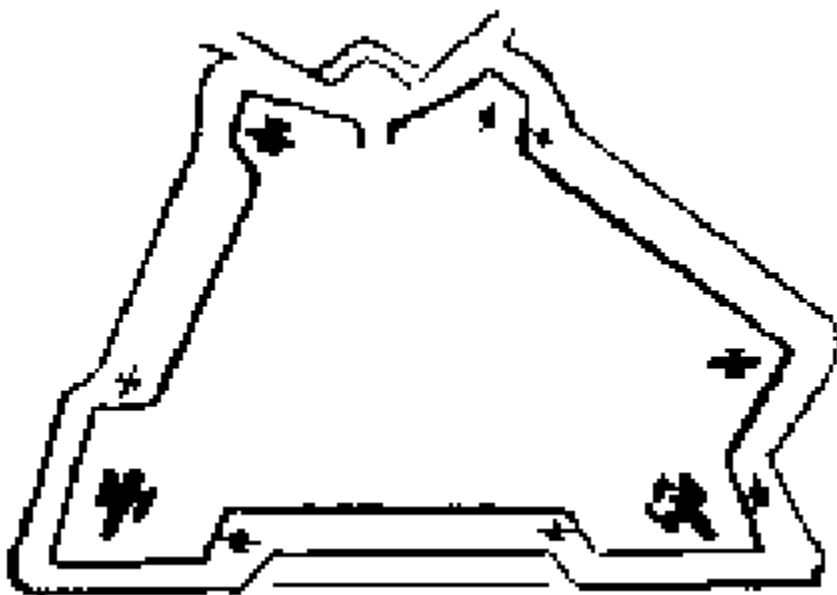
## 5. Planos secretos de fortificaciones



**E**N EL DIBUJO DE UNA MARIPOSA SE ESCONDÍA EL CONTORNO DE una fortaleza, con la posición y la potencia de sus cañones. Las marcas de las alas que quedaban entre las líneas no significaban nada; en cambio, las que estaban sobre las líneas indicaban el tipo y el calibre de cada arma, según una clave. Cada cañón se encontraba, dentro del contorno del fuerte dibujado en la mariposa, en el punto donde terminaba la línea marcada. La cabeza de la mariposa señalaba el norte. Así, las marcas de las alas revelaban la forma de la fortaleza y el tamaño de sus armas, que se distinguían en tres clases: cañones de fortaleza, cañones de campaña y ametralladoras.

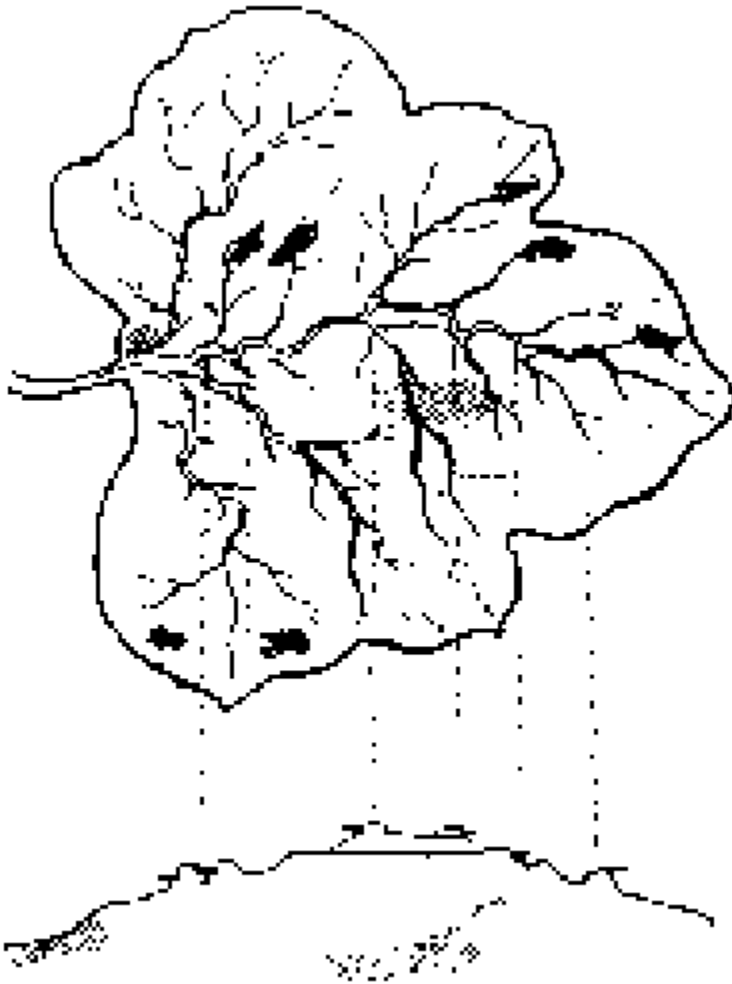


*Este dibujo de una mariposa contiene el contorno de una fortaleza y marca la posición y la potencia de sus cañones. Las marcas de las alas que quedan entre las líneas no significan nada; las que están sobre las líneas indican el tipo y el calibre de las armas, según la clave.*



*El fuerte escondido en la mariposa. Cada cañón está, dentro del contorno del fuerte, en el punto donde termina la línea marcada. La cabeza de la mariposa señala el norte.*

Otra pequeña obra de arte del espionaje: las venas de una hoja mostraban el contorno de un fuerte orientado hacia el oeste (la punta de la hoja indicaba el norte). Cada tipo de marca tenía su significado: una indicaba dónde estaba montada la artillería, si una vena apuntaba hacia ella; otra, el «terreno muerto», donde había refugio del fuego; y otra, las ametralladoras.

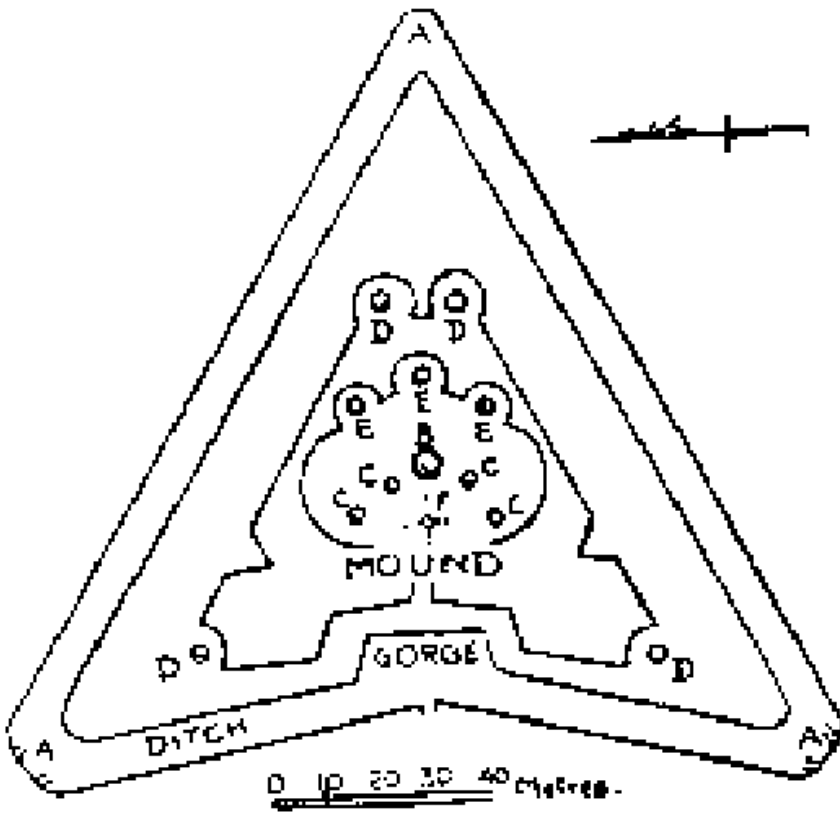


*Una pequeña obra de arte del espionaje: las venas de una hoja muestran el contorno de un fuerte orientado hacia el oeste (la punta de la hoja indica el norte).*

Este es otro de los métodos con los que oculté los planos de un fuerte que levanté. Primero dibujé el plano tal cual, con la potencia y la posición

de las distintas armas, que eran estas:

- A. Caponeras con ametralladoras.
- B. Cañones de 15 cm en cúpula.
- C. Cañones de 12 cm en cúpula.
- D. Cañones de tiro rápido ocultos.
- E. Cúpulas de obuses.
- F. Reflector.

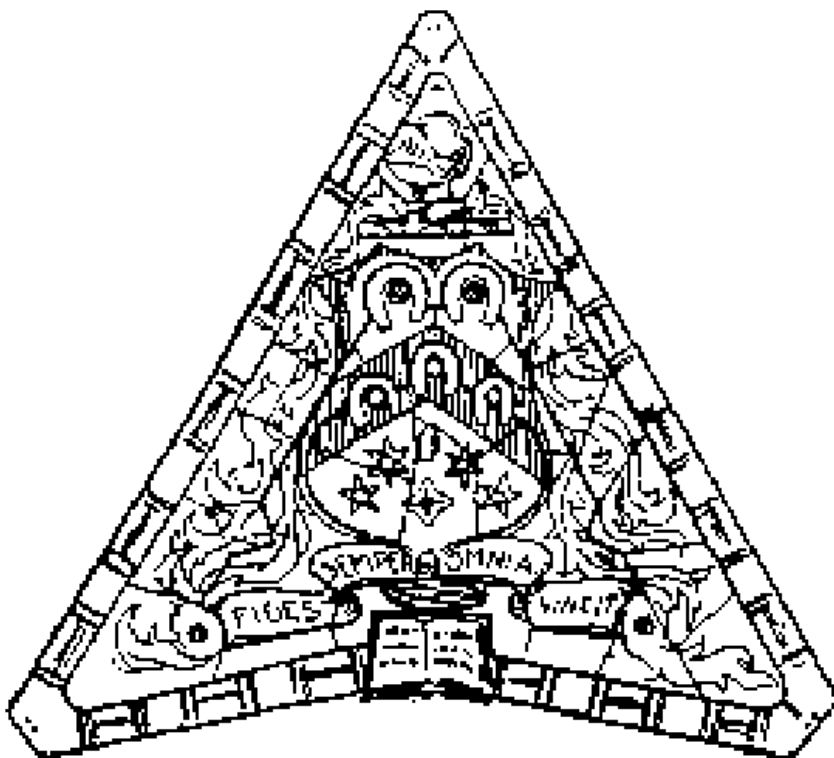


*El plano del fuerte tal como lo dibujé al principio, con las armas señaladas con letras de la A a la F.*

Hecho esto, pensé cuál sería el mejor modo de esconder mis planos. En aquel caso decidí convertir el dibujo en una vidriera, y quedó muy logrado. Algunos de los adornos de la vidriera indicaban el tamaño y la posición de las armas. Estos eran los signos y su significado:

1. Cañones de 15 cm.
2. Obuses.

3. Cañones de tiro rápido ocultos.
4. Cañones de 12 cm.
5. Ametralladoras.
6. Reflectores.

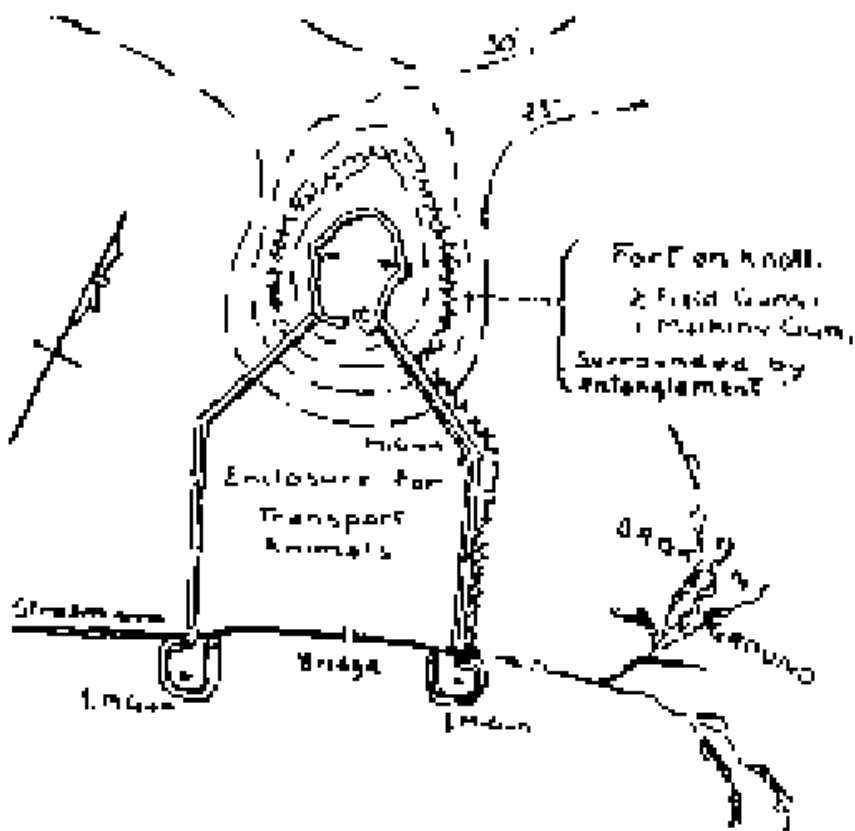


*El mismo plano convertido en vidriera: algunos de sus adornos indican el tamaño y la posición de las armas.*

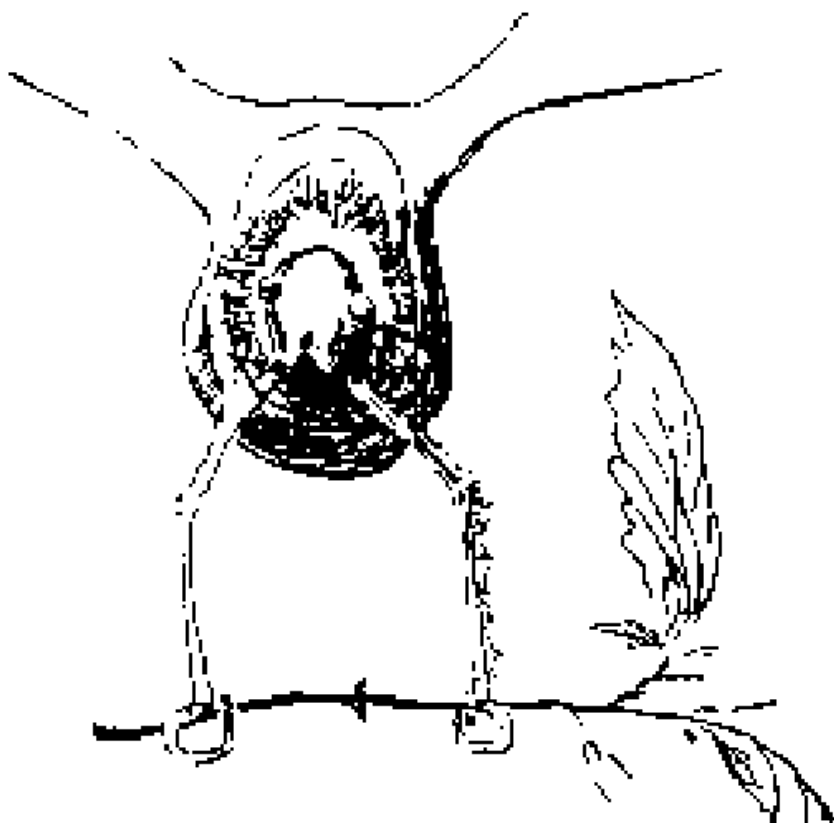
## **Cómo ocultar un fuerte en la cabeza de una polilla**

Este es otro ejemplo del mismo método para hacer planos secretos. Primero dibujé el plano con todos los detalles que interesaban. Después decidí disimularlo de forma que, si las autoridades militares me lo confiscaban, nadie pudiera reconocer en él el plano de una fortaleza. Se me ocurrió dibujarlo en el marco de la puerta de una catedral o de una iglesia, pero al final me decidí por la cabeza de una polilla. Al pie de la página de mi cuaderno escribí estas palabras:

«Cabeza de polilla Dula vista con lupa. Capturada el 19-5-12. Aumentada unas seis veces su tamaño» (lo que quería decir: a escala de seis pulgadas por milla).



*El plano original: un fuerte sobre una colina, con dos cañones de campaña y una ametralladora, rodeado de alambradas.*



*El mismo fuerte, disimulado en la cabeza de una polilla.*

## 6. «Cazando mariposas» en Dalmacia



UNA VEZ FUI A «CAZAR MARIPOSAS» A DALMACIA. CATTARO (la actual Kotor), la capital, ha quedado demolida en la guerra actual. Hace más de cien años la bombardeó y la tomó la flota británica. Por entonces se la tenía por inexpugnable. Se asienta al fondo de una bahía de unas quince millas (unos 24 kilómetros) de largo que, en algunos tramos, solo tiene unos cientos de yardas de anchura y discurre encajonada entre montañas. Desde Cattaro, al fondo de la bahía, un camino en zigzag sube por la montaña vecina hasta la frontera de Montenegro.

Cuando los barcos británicos intentaron atacar desde el mar, el canal se cerró con cadenas y se tendieron barreras flotantes de lado a lado. Pero los defensores no contaban con el ingenio del marinero británico, ese «hombre para todo», y pocos días después, para asombro de la guarnición, los cañones empezaron a bombardearlos desde la cresta de las montañas cercanas.

El capitán británico había desembarcado sus cañones en una bahía del Adriático y, con aparejos, los había subido por la ladera, arrastrándolos todos juntos por los pasos rocosos hasta la cima.

Allí emplazó sus baterías y al final bombardeó la ciudad con tanta eficacia que tuvo que rendirse. Quizá fue muy propio de nosotros: tomam-

os la ciudad solo porque estaba en manos de nuestros enemigos. No la queríamos y, cuando la tuvimos, no sabíamos qué hacer con ella. Así que se la entregamos a los montenegrinos, y así les dimos un puerto propio. Por eso los montenegrinos sienten admiración y gratitud hacia los británicos y, aunque tratados posteriores la devolvieron a Dalmacia, nunca han olvidado la buena acción que tuvimos con ellos en aquella ocasión. Desde entonces se han construido otras baterías en esas montañas, y mi misión era averiguar su posición, su potencia y su armamento.

Para ello fui armado con las armas más eficaces, las mismas que me habían servido bien en campañas parecidas: un cuaderno de dibujo con muchos dibujos de mariposas —unos terminados y otros a medias— de todas las familias y especies, desde la «almirante roja» hasta la «vanessa de los cardos».

Con ese cuaderno, una caja de pinturas y un cazamariposas al costado, estaba libre de toda sospecha para cualquiera que se cruzara conmigo en la ladera solitaria de las montañas, incluso en la zona de los fuertes.

Estaba cazando mariposas, y esa fue siempre una buena excusa ante quienes me miraban con recelo. Con toda franqueza, con el cuaderno de dibujo en la mano, les preguntaba inocentemente si habían visto por allí tal o cual mariposa, porque estaba deseando atrapar una. Noventa y nueve de cada cien no distinguían una mariposa de otra —ni yo tampoco—, así que uno pisaba terreno seguro, y ellos solían mirar con simpatía al inglés chiflado que quería cazar esos insectos.

Nunca miraron los dibujos de las mariposas lo bastante de cerca como para darse cuenta de que las delicadas venas de las alas eran el plano exacto de su propio fuerte, y de que los puntos de las alas indicaban el número y la posición de los cañones y sus distintos calibres.

En otra ocasión descubrí una forma sencilla de disfrazarme: recorrer como pescador el país que quería examinar. Mi misión era localizar algun-

os pasos de montaña e informar de si las tropas podrían atravesarlos. Así que vagabundee remontando varios arroyos que bajaban de los montes y, mientras pescaba tranquilamente, pude inspeccionar toda la zona.

Pero un día un campesino se nombró mi guía y se empeñó en no separarse de mí en toda la mañana, enseñándome dónde se podía pescar. La verdad es que por entonces yo no era muy pescador, no tenía ningunas ganas de sacar peces y mis aparejos estaban demasiado destartados para eso.

Azoté el agua con empeño con una mosca imposible, solo para que el hombre no se fijara en mi verdadero trabajo, con la esperanza de que acabara cansándose y se marchara. Pero no lo hizo. Durante un buen rato me observó con el mayor interés y, de paso, me dio a entender que no sabía nada de la pesca con mosca, pero que tenía un sistema mejor: reunir primero a los peces y luego echarles un gusano o una babosa.

Entonces se puso a enseñarme su sistema, que consistía en escupir en el agua. Desde luego, aquello atraía a los peces, o los espantaba, y me aseguró que, si hubiera tenido un gusano, habría sacado todos los que quisiera. Al final me libré de él mandándolo a hacer un recado cualquiera y, mientras estaba fuera, desaparecí y crucé la sierra hacia otro valle.



## 7. Cómo se disfrazan los espías



**E**L ESPIONAJE SUPONE UNA TENSIÓN NERVIOSA Y MENTAL CONSTANTE, porque un paso en falso significa una muerte segura en tiempo de guerra o la cárcel en tiempo de paz. El Gobierno advierte de que no ayudará a ninguno de los que trabajan para él si lo capturan. Al espía se le aconseja que no guarde apuntes, que no se fíe de nadie, que se disfrace si hace falta y que se las arregle completamente solo.

Disfrazarse no consiste tanto en maquillarse como en el teatro —aunque eso es, sin duda, un arte útil— como en ser capaz de adoptar una personalidad completamente distinta: cambiar la voz y los modales, y sobre todo la forma de andar y el aspecto por detrás. Un hombre puede llevar un disfraz magnífico visto de frente y que un ojo entrenado lo reconozca en el acto por la espalda. Los principiantes suelen olvidar este punto, aunque es de los más importantes. En cierta época me vigiló un detective que un día parecía un militar y al siguiente un inválido con un parche en el ojo. No podía creer que fuera el mismo hombre hasta que lo observé de espaldas y vi cómo andaba: en ese instante saltaba a la vista quién era.



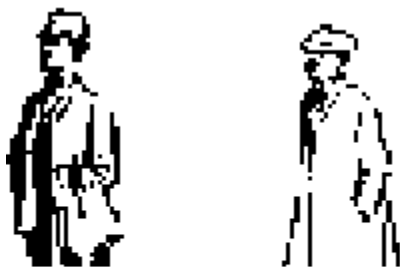
*Un hombre puede llevar un disfraz magnífico visto de frente y que un ojo entrenado lo reconozca por la espalda. La primera y la tercera figuras muestran un disfraz eficaz de frente, pero la segunda, vista por detrás, muestra lo fácil que es reconocerlo desde atrás. La cuarta y la quinta muestran, con líneas de puntos, cómo puede cambiarse el aspecto por detrás cambiando de ropa y de porte.*

En cuanto a los modales, un espía se entrena para mostrar un día un defecto en el habla y, al siguiente, un tic nervioso en un párpado o un tono gangoso, y con eso parece otra persona. Para un cambio rápido, es asombrosa la diferencia que se consigue con solo cambiar de sombrero y de corbata. Quien recibe el encargo de buscar a alguien suele fijarse en su corbata, quizá en su sombrero, y en nada más. Por eso conviene llevar encima una corbata y una gorra completamente distintas de las que vistes, listas para cambiártelas al instante y escapar sin que te reconozcan unos minutos después.

Lo aprendí hace unos años, cuando me entrevistaron en una estación de tren. Unos minutos más tarde superé una prueba de fuego: pasé junto a mi entrevistador mientras le contaba lo ocurrido a un colega periodista que también estaba deseando dar conmigo. «Está por aquí, en uno de los

últimos vagones del tren. Lo reconocerás enseguida porque lleva un sombrero Homburg verde, una corbata roja y un abrigo negro».

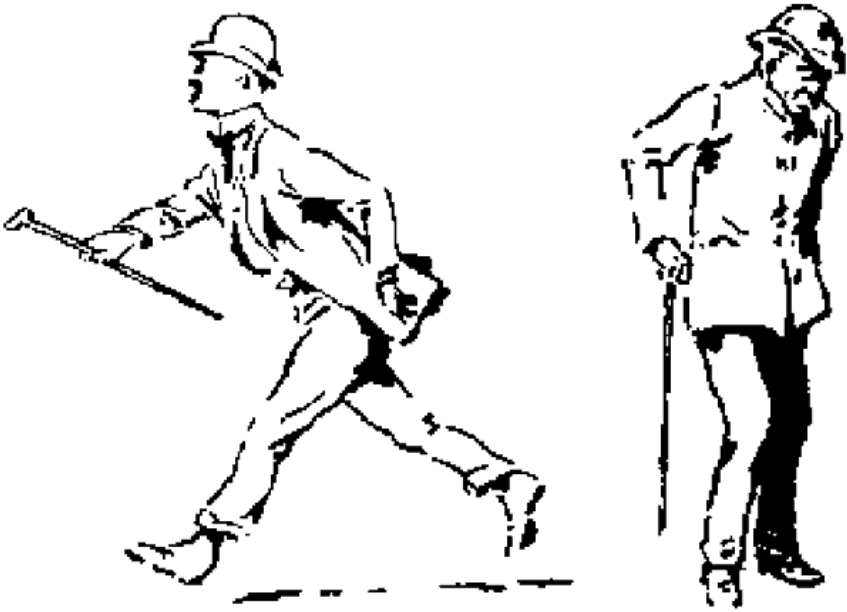
Por suerte, llevaba al brazo un gabán gris con una gorra de viaje y una bufanda dentro. Me metí deprisa en la sala de espera, hice un «cambio rápido», me guardé el sombrero en el bolsillo y salí arrastrando los pies, como un inválido, hacia mi vagón. Volví a pasar por delante del periodista sin despertar sospechas; hace poco tuve el gusto de que me lo presentaran, y no me reconoció.



*Así se disfrazó el autor en muy poco tiempo cuando vio que lo habían reconocido en una estación de tren. El primer dibujo lo muestra al entrar en la sala de espera, con las sospechas ya despiertas; el segundo, al salir unos minutos después. El disfraz, aunque parezca sencillo, tuvo un éxito completo.*

Hace poco, que yo sepa, una multitud persiguió a un hombre hasta una callejuela sin salida. Se metió por la puerta de un almacén y subió unos escalones con la esperanza de encontrar refugio, pero no lo encontró. Entonces volvió a bajar y salió a la calle, donde lo esperaba la gente, que no sabía en qué casa se había metido.

Fingiendo una cojera muy marcada, encorvando un hombro y calándose el sombrero sobre una cara deformada en una mueca, pasó con todo descaro entre ellos sin que nadie lo reconociera.



*Otra forma de adoptar un disfraz eficaz en un momento de apuro. Este disfraz se hizo en dos minutos.*

En cuanto a los disfraces, el pelo en la cara —el bigote o la barba— se usa mucho para cambiar el aspecto de un hombre, pero ante el ojo entrenado de un detective no sirve de nada si no se modifican también las cejas.



*Usar el pelo para disfrazar la cara no sirve de nada si no se cambian bastante las cejas. La frente y la nuca son factores importantísimos en el arte de disfrazarse. El segundo dibujo muestra el efecto de «arreglar» las cejas de la cara de la izquierda y levantar el pelo de la frente; el tercero, la diferencia que produce añadir una barba y más pelo en la nuca.*

Recuerdo que en las praderas de Sudáfrica conocí a un hombre moreno por el sol y con barba, que se me acercó y me dijo que había ido al colegio con alguien que se llamaba como yo. Cuando se echó el sombrero hacia atrás, reconocí al momento la frente que había visto en Charterhouse veinticinco años antes, y el nombre y el apodo me salieron de los labios sin pensar.

—¡Conque tú eres Jones el Mentiroso! —exclamé.

—Me llamo Jones —respondió él—, pero no sabía lo de «el Mentiroso».

«Para cambiar tu cara debes recordar que unas cejas postizas alteran la expresión más que cualquier barba, afeitado, etc. Puedes pintarte tatuajes en las manos o en los brazos, y lavarlos cuando cambies de disfraz...

Los principiantes se disfrazan casi siempre por delante y no por detrás... Antes de intentar ser espía... atrapa a uno, y así aprenderás qué

errores evitar, como el de delatarte».

Una vez me tocó vivir como fontanero en el sureste de Londres. Me dejé una perilla, que por entonces estaba muy de moda entre los hombres de ese oficio.

Un día, cuando pasaba con mi ropa de trabajo por delante del Club Naval y Militar, en Piccadilly, me crucé con un viejo amigo, comandante de artillería a caballo, y casi sin pensarlo lo saludé por el mote que tenía en el regimiento. Se me quedó mirando, estupefacto; luego supuso que yo habría servido en su batería, y no daba crédito a sus ojos cuando le dije quién era. Tampoco sospechó nunca de mí ninguna de las personas con las que conviví y traté de cerca en aquella época.

Fingía tener el brazo lastimado por un accidente y lo llevaba en cabestrillo, así que no podía trabajar ni, lo que era una bendición, meterme en las peleas en que se enredaban mis amigos. Mi compañero más cercano era un carpintero llamado Jim Bates. Le perdí la pista durante algunos años, y la siguiente vez que lo vi estaba entre el público de una revista militar en Aldershot, en la que yo participaba ya como oficial de húsares. Me costó mucho convencerlo de que yo era su amigo el fontanero.

Más adelante, cuando estaba en una misión de reconocimiento en Sudáfrica, me dejé una barba pelirroja tan grande que habría engañado a mi propia madre. Al salir de la oficina de correos de una aldea me di de bruces, para mi sorpresa, con el coronel de mi regimiento, que había salido a dar un paseo. Enseguida, para poner a prueba mi disfraz, lo saludé con un alegre «¡Hola, coronel, no sabía que estaba usted aquí!». Se volvió, me miró fijamente durante un minuto o dos y me contestó, ofendido, que no sabía quién era yo. Como no parecía convencido, seguí mi camino. ¡No le recordé aquel encuentro hasta unos meses después!

## El deporte del espionaje

Sin duda, el espionaje sería un deporte apasionante aunque no se sacaran de él grandes resultados. Tiene una fascinación que atrapa a todo el que ha practicado este arte. Cada día trae situaciones y circunstancias nuevas, que obligan a cambiar rápidamente de plan y a tener ideas originales para afrontarlas.

Estos son algunos casos reales. No tienen nada de extraordinario: son el trabajo diario de un agente corriente, pero pueden explicar el atractivo deportivo de este oficio. Uno de los alicientes de la vida del espía es que a veces tiene que ser un auténtico Sherlock Holmes. Debe fijarse en el más mínimo detalle, en cosas que con toda probabilidad pasarían inadvertidas a un ojo sin entrenar, y luego atar cabos para deducir qué significan.

Recuerdo una vez que hacía un reconocimiento secreto en Sudáfrica. Llegué a una granja cuyo dueño estaba fuera en ese momento. Venía de lejos y, como buscaba alojamiento por la zona, habría tenido que seguir mucho más allá si no me quedaba allí, porque no había encontrado otro sitio.

Después de descargar el caballo, eché un vistazo a las habitaciones para ver qué clase de hombre vivía en aquella casa. Bastó con asomarme a su cuarto, en aquella destartada cabaña, para saber cómo era: en un vaso, en el alféizar de la ventana, había dos cepillos de dientes. Deduje que era un inglés de costumbres limpias y me instalé como si fuera su huésped. ¡Y no me equivoqué!

## El valor del juego del escondite

El escondite es uno de los mejores juegos para un muchacho, y puede perfeccionarse hasta convertirse en verdadera exploración en el campo. Te enseña mucho. De niño me encantaba, y la destreza que aprendí en aquel inocente terreno de juego me ha sido muy útil en muchas situaciones apuradas. Una vez, como no me daba tiempo de llegar al macetero de al lado antes de que llegara quien me buscaba, me tumbé en un surco entre los groselleros, y eso me enseñó lo que vale no usar el escondite más evidente, porque es el primero en el que se busca. Los que me buscaban corrieron directos a los maceteros, que era el sitio más probable, mientras yo, desde el suelo, veía todos sus movimientos entre los tallos de los groselleros.

Muchas veces he visto a exploradores enemigos buscar rastros a la ligera, pero no me encontraron allí. Y lo mismo que el cazador de elefantes entre los helechos arborescentes, o un cerdo en un campo de algodón, un chico entre los groselleros es invisible para el enemigo, y en cambio puede observar cada movimiento de sus piernas.

Esto me resultó muy útil cuando me persiguió la policía militar montada, que sospechaba que yo era un espía, durante unas maniobras en el extranjero. Tras una persecución de las buenas, trepé por un muro y caí en un huerto de árboles frutales bajos. Allí, agachado en una zanja, observé las patas de los caballos de los gendarmes mientras batían la plantación y, cuando se alejaron de mí, me arrastré hasta la orilla de un canal de agua profunda que formaba uno de los lados de la cerca. Encontré un pequeño puente de tablones por el que podía cruzar, pero antes de hacerlo solté el extremo de mi lado, pasé y arrastré la tabla detrás de mí.

Al otro lado el terreno era abierto y, antes de que pudiera alejarme, los gendarmes me vieron. Tras un rápido vistazo, salieron al galope hacia el puente más cercano, que estaba a media milla. Entonces volví sobre mis pasos, coloqué de nuevo mi tablón, crucé otra vez el arroyo, tiré la tabla al agua y, dejando atrás el pueblo, me dirigí a la siguiente estación de la línea, mientras los jinetes seguían buscándome en el lugar equivocado.

Otro secreto que se aprende jugando al escondite es colocarse por encima de la altura de los ojos de quien te busca y «quedarse quieto», es decir, permanecer inmóvil, sin hacer ni un movimiento. Aunque no estés realmente oculto, tienes muchas posibilidades de pasar inadvertido si sabes hacerlo bien.

Lo descubrí hace mucho, cuando estaba tumbado sobre una enredadera en lo alto de un muro y mis perseguidores pasaron a pocos pies de mí sin levantar la vista. Más tarde lo puse a prueba sentándome en un terraplén junto al camino, justo por encima de la altura de un hombre, pero tan cerca que podría haber tocado a los transeúntes con una caña de pescar. Me quedé allí sentado, sin esconderme en absoluto, y conté 54 caminantes, de los que solo 11 se fijaron en mí.



## 8. Cómo exploré un astillero extranjero



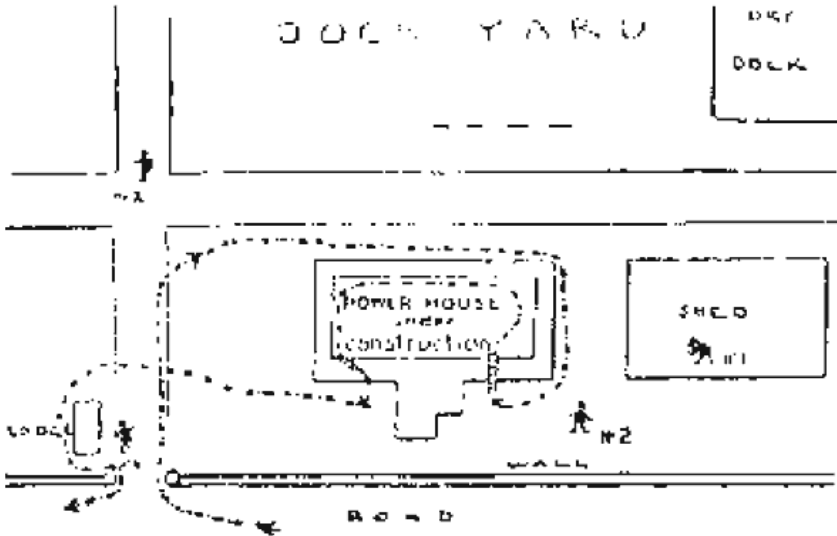
**S**ABER ESTO ME RESULTÓ ÚTIL EN UNO DE MIS VIAJES DE INVESTIGACIÓN. Detrás de un muro muy alto había un astillero en el que, según se rumoreaba, habían levantado una nueva central eléctrica y quizá estaban preparando un dique seco.

Era temprano por la mañana. Acababan de abrir las puertas, los obreros empezaban a llegar y muchos carros de materiales esperaban para entrar. Aprovechando que las puertas estaban abiertas, eché un vistazo rápido, como lo haría cualquier paseante. El policía de guardia en la garita me echó de allí al instante.

No me alejé mucho, porque mi intención era entrar como fuera y ver lo que pudiera. Observé cómo entraba el primer carro y me di cuenta de que el policía estaba ocupado hablando con el carretero principal mientras el segundo empezaba a cruzar la puerta. En un momento me puse a su lado, por el lado contrario al del portero, entré y seguí caminando junto al vehículo, que giró a la derecha y rodeó el edificio nuevo en obras. Entonces vi a otro policía delante de mí, así que me mantuve pegado al carro, como si le estuviera colocando bien la lona, para que no me viera.

Por desgracia, al doblar la esquina me descubrió el primer policía, que enseguida empezó a gritarme. Me hice el sordo a sus protestas y seguí and-

ando con la despreocupación de un culpable hasta que dejé la esquina del edificio nuevo entre él y yo. Entonces, sin más, me escabullí a lo largo de la parte trasera del edificio y doblé la esquina más alejada de él.



*La línea de puntos de este plano muestra mi recorrido. Las figuras pequeñas son los policías que me buscaban.*

Nada más hacerlo, vi con el rabillo del ojo que venía corriendo detrás de mí y que llamaba en su ayuda al segundo policía. Me lancé como un animal acosado hacia la esquina siguiente, fuera de la vista de los dos, y busqué una forma de escapar.

Por encima de mí se levantaba el andamio del edificio nuevo, con una escalera apoyada en él. Subí por ella como un farolero, sin perder de vista la esquina del edificio por si me seguían. Iba por la mitad cuando uno de los policías apareció por la esquina. Al instante me quedé quieto. Estaba a unos 15 pies (4,5 metros) del suelo y a no más de 20 yardas de él. Indeciso,

con las piernas separadas, miraba con atención a un lado y a otro, en todas direcciones, para ver adónde había ido yo, muy nervioso y cambiando de sitio sin parar. Yo estaba igual de nervioso, pero inmóvil.

Luego se acercó a la escalera y, curiosamente, me sentí más seguro cuando lo tuve debajo; casi pasó por debajo de mí, mirando con atención hacia los pasillos y las puertas del edificio sin terminar. Después se volvió, dudoso, y miró hacia un cobertizo que tenía detrás, pensando que quizá me había metido allí. Por fin se alejó corriendo hacia la siguiente esquina del edificio. En cuanto desapareció, terminé de subir la escalera y llegué a salvo a la plataforma del andamio.

Los obreros aún no habían entrado en el edificio, así que tenía todo el sitio para mí solo. Lo primero que hice fue buscar otra escalera que me sirviera de vía de escape en caso de que me persiguieran. Siempre conviene que tu escondite tenga una puerta trasera: es una de las reglas básicas de la exploración.

Luego encontré una escalerilla que bajaba de mi plataforma al piso inferior, aunque no llegaba al suelo. Asomándome con sigilo por el borde del andamio, vi abajo a mi amigo el policía buscando por el lado equivocado. Di gracias a mi buena estrella de que no fuera un rastreador y no hubiera visto mis huellas, que llevaban hasta la escalera. Entonces me puse a observar los alrededores y a reunir información. A juzgar por el diseño del edificio, sus grandes chimeneas, etc., me encontraba en la nueva central eléctrica. Desde allí tenía una vista excelente del astillero. A menos de 100 pies de donde estaba se veían las excavaciones del nuevo dique, cuyas dimensiones pude calcular fácilmente. Saqué mi brújula de prisma y tomé rápidamente la orientación de dos puntos bien visibles en los montes cercanos; así determiné una posición que podría marcarse en un mapa a gran escala por si se quería bombardear el lugar.

Mientras tanto, mi perseguidor se había reunido con el otro policía. Estaban en plena consulta justo debajo de mí, y yo los observaba por una rendija entre dos tablas del suelo. Por lo visto habían llegado a la conclusión de que no estaba en la central, porque el interior estaba completamente a la vista y ya lo habían inspeccionado a fondo. Lo siguiente fue registrar el cobertizo cercano, que estaba lleno, al parecer, de madera de construcción y otros materiales.

Un policía entró mientras el otro se quedaba fuera, en el camino que yo seguramente tomaría para escapar, es decir, entre el cobertizo y el muro que lleva a la entrada. Más por casualidad que a propósito, se quedó cerca del pie de mi escalera, y así me cortó la retirada por ese lado.

Como, mientras estaban ocupados en eso, habían dejado la puerta sin vigilancia, pensé que era una oportunidad demasiado buena para desaprovecharla. Volví por el andamio hasta la escalerilla, bajé por ella al piso inferior y, después de comprobar que no había ningún policía a la vista, me deslicé rápidamente por uno de los postes del andamio y aterricé sano y salvo en el suelo, junto a la gran chimenea del edificio.

Allí no me veían, aunque estaba cerca del policía que vigilaba la escalera. Manteniendo la esquina del edificio entre nosotros, me escabullí por detrás de la caseta del guardia y salí sin que nadie me viera.

## 9. Espiando a las tropas alpinas



UNA VEZ ESTUVE EN UN PAÍS CUYAS TROPAS ALPINAS DE FRONTERA tenían fama de ser asombrosamente eficaces, pero nadie sabía gran cosa de su organización, de su equipo ni de sus métodos de trabajo, así que me enviaron a ver si podía averiguar algo sobre ellas. Me adentré en sus montañas mientras hacían sus maniobras anuales. Encontré muchas tropas acuarteladas en los valles y alojadas en todas las aldeas, pero todas parecían de las corrientes: infantería, artillería de línea, etc. La artillería disponía de trineos con los que los hombres podían subir los cañones a cuerda por las laderas, y la infantería llevaba piolets para avanzar por los caminos en mal estado. Durante varios días observé las maniobras, pero no vi nada interesante de lo que informar.

Entonces, una tarde, al pasar por un pueblo donde estaban alojados, vi a un soldado de un tipo nuevo que venía con tres mulas cargadas. Sin duda pertenecía a aquellas fuerzas alpinas de las que hasta entonces no había visto ni rastro. Me puse a hablar con él y supe que había bajado de las zonas más altas a buscar provisiones para su compañía, que estaba arriba, entre los picos nevados, muy lejos de las tropas que maniobraban en las laderas bajas. Sin darse cuenta, me contó que la fuerza a la que pertenecía era muy numerosa, con artillería e infantería, y que andaban buscando

entre los glaciares y las nieves a otra fuerza que venía contra ellos; esperaban entrar en contacto con el enemigo al día siguiente. Luego me indicó a grandes rasgos dónde acampaba su fuerza esa noche: junto a un pico alto llamado el «Diente del Lobo».

Compadeciéndolo por lo duro de su trabajo y sugiriéndole caminos imposibles por los que podría subir, conseguí que al final me dijera exactamente qué sendero había que tomar, y comprendí que sería posible llegar allí de noche sin que me vieran.

Al anochecer, cuando mi casero me creía bien acostado, me escabullí en silencio hacia la ladera de la montaña, donde el «Diente del Lobo» se recortaba contra el cielo estrellado y me servía de espléndido punto de referencia. No me costó atravesar el pueblo, con sus grupos de soldados francos de servicio paseando, pero en los caminos de salida había muchos centinelas apostados, y supuse que difícilmente me dejarían pasar sin preguntarme quién era y adónde iba.

Así que perdí bastante tiempo esquivándolos, hasta que por fin tuve la suerte de descubrir un canal de desagüe, que conducía el agua de las tormentas entre muros altos hasta una orilla escarpada dentro de un huerto. Por él pude escurrirme sin que me vieran los centinelas que vigilaban la entrada de la aldea.

Subí por senderos y por las sendas de cabras que fui encontrando en la dirección que buscaba. No conseguí dar con el camino de mulas que me había indicado mi amigo el arriero, pero con el «Diente del Lobo» recortándose sobre mí contra las estrellas, sentí que no podía perderme, y así fue.

Fue una subida larga y penosa, pero justo cuando el amanecer empezaba a aclarar el cielo por el este, llegué sano y salvo a la cresta, y el brillo de muchas hogueras me mostró dónde acampaba la fuerza que había ido a ver.

En cuanto amaneció, las tropas se pusieron en marcha después del café de la mañana y empezaron a desplegarse por las laderas, ocupando posiciones para defender o atacar. Así que, a medida que había más luz, me di prisa en buscar un montículo pequeño y cómodo desde el que esperaba ver todo lo que pasaba sin que me descubrieran. Durante un rato todo salió de maravilla.

Las tropas se movían en todas direcciones. Había vigías con catalejos apostados para observar los montes cercanos, y pude ver dónde se reunían los oficiales del Estado Mayor para estudiar la situación. Poco a poco se fueron acercando a mi posición y se dividieron en dos grupos: el del general se quedó donde estaba, mientras el otro venía hacia el montículo en el que yo me encontraba. Entonces, para mi horror, algunos empezaron a subir a mi atalaya.

Al momento me puse de pie, dejé de intentar ocultarme, saqué el cuaderno y me puse a dibujar un «amanecer en las montañas». Enseguida me descubrieron. Uno o dos oficiales se acercaron a mí y entablamos conversación; era evidente que estaban deseando averiguar quién era y qué hacía allí.

Mi lema es que con una sonrisa y un poco de perseverancia se sale de cualquier apuro. Como, evidentemente, la perseverancia no era lo más prudente en esa ocasión, puse una sonrisa doble y les enseñé mi cuaderno de dibujo, explicándoles que una de las ilusiones de mi vida era dibujar el «Diente del Lobo» al amanecer.

Mostraron un interés respetuoso y luego me explicaron que estaban allí para lanzar un ataque desde el «Diente del Lobo» contra las montañas vecinas, suponiendo que el enemigo estuviera ocupándolas en ese momento. Por mi parte, mostré un interés comedido y discreto por sus operaciones.

Cuanto menos interés aparentaba yo, más se entusiasmaban ellos explicándome las cosas, hasta que al final tuve ante mí toda la situación, ilustrada con sus propios mapas de la comarca, que eran mucho más detallados y completos que ninguno de su clase que yo hubiera visto antes.

Al poco rato ya éramos amigos. Ellos tenían café y lo compartieron conmigo, mientras yo repartía mis cigarrillos y mis chocolatinas. Les sorprendió que hubiera subido tan temprano, pero se quedaron muy satisfechos cuando les dije que venía de Gales: enseguida dedujeron que yo era un montañés y me preguntaron si en casa llevaba *kilt* (*N. del T.: falda escocesa*).

En medio de este intercambio de cortesías se dio la alarma de que el enemigo estaba a la vista, y al instante vimos con los catalejos filas de hombres que venían hacia nosotros por la nieve desde todas direcciones. Entre nosotros y el enemigo había un desfiladero hondo y ancho, de paredes casi verticales, cruzado aquí y allá por sendas de cabras en zigzag.

Llamaron a los oficiales para explicarles la táctica del combate y, en pocos minutos, los jefes de batallón y de compañía estaban repartidos por el lugar, estudiando con los prismáticos la montaña de enfrente, en la que, según me habían explicado, habían elegido una línea de subida para el ataque.

Entonces se dio la orden de avanzar y la infantería salió en largas filas de hombres equipados con piolets y cuerdas. Las cuerdas servían para bajarse unos a otros en los pasos difíciles y para encordarse entre ellos al llegar a la nieve, y así no caer en las grietas, etc. Pero el momento más emocionante del día fue cuando la artillería empezó a descender al desfiladero. Los cañones iban cargados en piezas a lomos de las mulas, igual que las municiones y los repuestos. En pocos minutos montaron unos trípodes, colgaron a las mulas de eslingas y fueron bajando cañones y animales uno

on a cargarlos y se pusieron en fila para subir la montaña de enfrente. En un tiempo increíblemente corto, mulas e infantería parecían hileras de hormigas que subían por todos los senderos que encontraban hacia los campos de hielo de arriba.

El resultado de aquel día de maniobras ya no me interesaba: había visto lo que había ido a buscar. Las tropas especiales con sus armas, sus suministros y sus servicios sanitarios, su forma de moverse por aquel terreno en apariencia imposible, sus mapas y sus sistemas de señales.

Todo era nuevo y todo era práctico. Por ejemplo, al ver uno de los mapas que me enseñaron, comenté que habría esperado encontrar marcados todos los caminos de cabras. Pero el oficial me respondió que no hacía falta: todos sus hombres habían nacido en aquel valle y conocían cada camino de cabras de la montaña. Además, un camino de cabras no dura más de unas semanas o, como mucho, unos meses, porque los desprendimientos y la erosión lo van cambiando continuamente, y marcarlos en un mapa solo serviría para crear confusión.



## 10. Haciéndome pasar por artista



**M**I HABILIDAD PARA ESCALAR VOLVIÓ A SERME ÚTIL EN OTRA ocasión bastante parecida. Mis superiores me habían enviado un mapa de una comarca montañosa en la que, según habían descubierto, se acababan de construir tres fuertes. Se sabía dónde estaban, pero no se había averiguado ningún detalle, como su tamaño o su armamento.

Al llegar al único pueblo de la zona, pasé los primeros días paseando y mirando, como quien no quiere la cosa, las montañas entre las que se suponía que estaban los fuertes. Mientras tanto, a través de mi casero, entré en contacto con uno o dos cazadores del lugar y les pregunté si sería posible organizar una partida de caza o salir a tirar por las montañas cuando llegara la temporada.

Les dije que me gustaba acampar unos días mientras dibujaba y cazaba durante mi estancia en el país. Les pregunté si se podían alquilar tiendas y mulas de carga, y les pedí que me recomendaran un buen mulero que conociera bien los alrededores y pudiera decirme todos los sitios posibles para acampar.

Al final lo contraté para que me llevara un día o dos a recorrer la zona en busca de lugares de acampada y a disfrutar del paisaje. Caminamos un

buen trecho por una carretera espléndida que se adentraba en las montañas. En cuanto llegamos a las partes altas, me propuso dejar la carretera y bajar al desfiladero, seguirlo durante un trecho y luego subir de nuevo a la carretera. Me explicó que era un camino militar y que convenía dejarlo un rato para evitar la caseta de guardia que había más arriba, donde un centinela tenía órdenes de no dejar pasar a nadie de ese punto.

Siguiendo sus indicaciones, esquivamos sin problemas la caseta de guardia y al final volvimos a salir a la carretera, en un punto alto que cruzaba la cima de la sierra. Pero a nuestra izquierda, según avanzábamos por la carretera, había una pequeña sierra escarpada, y empezamos a subirla.

Cuando estábamos cerca de la cumbre, me dijo con cara de pillo:

—Si miras por aquí, verás justo lo que quieres.

Y en cuanto miré, descubrí uno de los nuevos fuertes, que era exactamente lo que quería ver, extendido ante mis ojos como un mapa. No tuve más que hacer un dibujo a vista de pájaro para tener el plano completo.

Más allá, en otra sierra, se alzaba otro fuerte y, casi a mi espalda, se veía parte del tercero, y más arriba, en los cerros, había todavía más. Me había metido en un auténtico nido de fuertes. Desde mi posición en la sierra tenía una vista espléndida de las montañas, y, refiriéndome a ellas, le dije:

—Sí, de verdad, me has traído al sitio perfecto.

Pero él volvió a reírse con malicia y, señalándome el fuerte, dijo:

—Sí, pero creo que esta es la mejor vista de todas.

Parecía entender mis intenciones mucho mejor de lo que yo creía. Allá abajo, a lo lejos, los fuertes se repartían a lo largo del estrecho que debían proteger, por donde pasaban los barcos. Me puse enseguida a dibujar el panorama, dejando fuera con cuidado la zona donde estaban los fuertes, en parte para quitarle sospechas a mi amigo y en parte para protegerme por si me detenían.

Al momento, mi compañero se ofreció a bajar al fuerte a buscar a su hermano, que, según dijo, era artillero y estaba destinado allí, y podría darme todos los detalles que quisiera sobre los cañones, etc.

Aquello sonaba demasiado bien para ser verdad, pero con la mayor indiferencia le dije que me gustaría conocerlo y que lo trajera. En cuanto lo perdí de vista, tuve la precaución de apartarme hasta un *kopje* (una colina rocosa) cercano, donde podría esconderme si volvía con un grupo de hombres para capturarme.

Desde allí hice un dibujo muy preciso del fuerte y de los emplazamientos de sus cañones en el forro interior de mi sombrero y, cuando lo terminé, avancé todo lo deprisa que pude con el otro dibujo, para que se viera que había estado muy ocupado mientras mi guía estaba fuera.

Enseguida lo vi volver, pero solo venía acompañado de otro hombre, así que bajé a mi posición inicial y los recibí con una sonrisa.

El artillero fue de lo más comunicativo: me lo contó todo sobre sus cañones, su calibre y su potencia en cuanto a alcance y precisión. Me dijo que una vez al año remolcaban por el estrecho, detrás de un vapor, un barco viejo destinado al desguace, para que sirviera de blanco a los fuertes de la defensa a su paso. Y añadió con pena:

—Nosotros somos el tercer fuerte, y ningún barco ha conseguido pasar nunca de los dos primeros: siempre los hunden antes de que lleguen a nosotros.

Me dio el alcance exacto y el número de disparos, que demostraban que su puntería era muy buena.

Averigüé muchos otros detalles, como el número de hombres, su alimentación y sus servicios sanitarios. Unos días después pude volver a casa con una buena cantidad de información valiosa y con los mejores deseos de mis muchos amigos, que esperaban que algún día volviera para las partidas de caza. Pero estoy seguro de que a uno de ellos no lo engañé: nunca

creyó que mi oficio fuera el de artista o el de cazador. Me refiero al mulero.

## 11. Engañando a un centinela alemán



**E**N OTRA OCASIÓN QUERÍA AVERIGUAR QUÉ VALOR TENÍA LA INSTRUCCIÓN de tiro con fusil en la infantería de un ejército extranjero. Además, se había informado de que hacía poco habían adquirido un nuevo modelo de ametralladora que disparaba con especial rapidez y era muy precisa. Se conocía su calibre y también su aspecto general, gracias a unas fotografías, pero lo que de verdad era capaz de hacer seguía siendo materia de conjeturas.

Esta vez pensé que lo más sencillo sería ir sin disfraz. Sin ningún secreto, me fui a pasar una temporada en unas ciudades de guarnición, donde esperaba conocer a uno o dos oficiales. Conseguí que me presentaran a otros y poco a poco me convertí en su compañero de mesa y de diversiones durante el día. Me dejaban sus caballos, cabalgaba con ellos en sus rondas y les echaba una mano en sus jornadas de campo y en sus maniobras. Pero, cada vez que nos acercábamos a los campos de tiro, me pedían con cortesía, aunque con firmeza, que me alejara y esperara a que volvieran, porque las prácticas eran absolutamente confidenciales. No hubo manera de sacarles nada sobre lo que ocurría dentro del recinto donde estaban ocultos los campos de tiro.

Un día, dos amigos míos ingleses cometieron la imprudencia de detenerse a la entrada de uno de esos campos. Los arrestaron de inmediato, los tuvieron varias horas encerrados en el cuerpo de guardia y al final les ordenaron que se marcharan de allí, sin que la experiencia les resultara precisamente agradable. Así comprendí cuántas precauciones iban a hacer falta. Poco a poco, sobre todo después de alguna velada muy alegre, logré sonsacarles cierta información: lo que hacía —y probablemente sigue haciendo— la nueva ametralladora, y que la mayor dificultad de sus soldados era acertar a un blanco en movimiento, porque casi nunca lo conseguían. Pero más que eso no fue posible obtener.

Así que me fui a otra plaza militar donde, como forastero, probaría otro camino. Allí los campos de tiro estaban rodeados por un cinturón de árboles y, por fuera, por una cerca imposible de escalar vigilada por dos centinelas. Parecía muy difícil entrar en el campo, o siquiera acercarse a él.

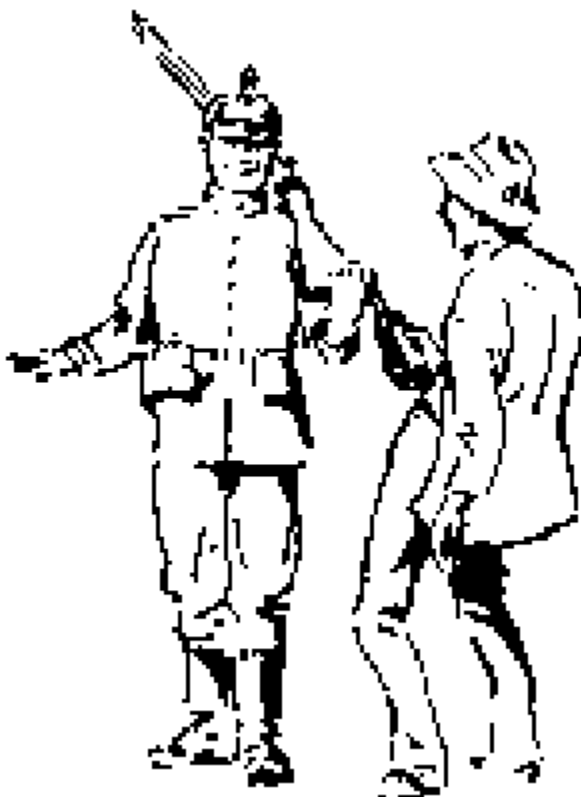
Un día salí a pasear con aire despreocupado en dirección al campo de tiro, hacia un punto alejado de la puerta de entrada, y allí me tumbé en la hierba como si fuera a echarme a dormir. En realidad estaba escuchando: por el ruido calculaba la cadencia de los disparos, y por el golpe de las balas contra los blancos de hierro, el número de aciertos. Cuando hube reunido así cierta cantidad de datos, me acerqué un poco más con la esperanza de ver mejor lo que pasaba.

Aprovechando que el centinela estaba de espaldas, corrí hasta la cerca. No pude pasar al otro lado, pero encontré un tablón suelto por cuya rendija se veía mucho mejor lo que ocurría dentro.

Estaba ocupado en eso cuando, para mi horror, el centinela dio media vuelta de repente y vino hacia mí. Pero yo ya me había preparado para un caso así. Volví a colocar el tablón en su sitio y saqué del bolsillo una botella de brandy que llevaba precisamente con ese fin. La mitad ya me la había echado por la ropa, de modo que, cuando el hombre llegó a mi lado,

me encontró borracho, oliendo a destilería y empeñado en invitarle a un trago.

No había nada de lo que acusarme, así que, con amabilidad pero con firmeza, me llevó hasta el final de su ronda, me sacó de allí y me aconsejó que me fuera a casa. Y eso hice, con muchísimo gusto. Me había librado por los pelos.



*El autor, en un apuro: un centinela alemán lo descubrió muy cerca del campo de tiro.  
Fingió estar borracho y así escapó, aunque por los pelos.*



## 12. Un espía es desconfiado



**E**L OFICIO DE ESPÍA TIENE UNA TENDENCIA DESAFORTUNADA: TE enseña a no fiarte de nadie, ni siquiera de quien quiere ayudarte.

Un país extranjero había fabricado hacía poco un nuevo modelo de cañón de campaña, que estaba sometiendo a pruebas secretas en una de sus colonias, para que nadie pudiera observarlas. Me enviaron a descubrir las características de esa pieza. Al llegar a la colonia, supe que una batería de los nuevos cañones estaba haciendo experimentos en un punto lejano, a lo largo de la vía del tren.

Por lo que todos contaban, aquel lugar no era más que un apeadero, sin ningún pueblo cerca, así que sería difícil quedarse allí sin llamar la atención enseguida. Sin embargo, el horario indicaba que el tren ordinario de día paraba allí media hora para cambiar de locomotora, y decidí ver qué podía hacer en ese tiempo.

Avanzábamos despacio pero a gusto en el tren de cercanías, que se detenía en todas las estaciones pequeñas. En una de ellas subió a mi vagón un granjero de la colonia que parecía enfermo y dolorido, y nos pusimos a charlar sobre el campo y las cosechas.

Por fin llegamos a la estación donde, según se decía, estaban los cañones. Miraba ansioso por la ventanilla, así que podéis imaginar mi alegría

cuando vi, justo al lado de la estación, toda la batería aparcada.

Todo el mundo bajó del tren a estirar las piernas, y yo no perdí un instante: crucé deprisa la estación y me acerqué para ver de cerca lo que había venido a buscar.

El centinela de los cañones estaba en el lado contrario, así que pude echar un buen vistazo a los cierres de recámara y a otros detalles antes de que se acercara a mi lado. Pero enseguida se dio cuenta de mi presencia y no solo vino él, sino que llamó a gritos a otro hombre que estaba a poca distancia, detrás de una esquina del muro de la estación.

Era el cabo de la guardia, que se lanzó hacia mí y empezó a increparme por estar allí sin permiso. Intenté explicarle que no era más que un inofensivo viajero que había bajado a estirar las piernas y que ni me había fijado en sus viejos cañones oxidados. Pero él me echó sin contemplaciones hacia la estación.

Volví a mi vagón, saqué los prismáticos y seguí con mis investigaciones desde dentro. Desde allí tenía una vista excelente de los cañones y pude anotar bastantes datos que llevaban pintados, como el peso, el calibre, etcétera. De pronto, en plena observación, noté que la vista se me oscurecía; levanté los ojos y me encontré con la cara atenta del cabo justo delante de mí: me había pillado con las manos en la masa. Pero en ese momento no pasó nada más.

Mi amigo el granjero ya había vuelto a su asiento, sonó el silbato y el tren arrancó.

Cuando retomé la conversación con él, le comenté que tenía mala cara y le pregunté por su salud. El pobre hombre, con lágrimas corriéndole por las mejillas, me confesó que no era una enfermedad del cuerpo, sino una preocupación que le tenía angustiado.

Su granja había fracasado por completo, y había subido al tren con la idea de quitarse la vida; y lo habría hecho de no haber estado yo allí para

impedirlo. Para él la vida se había acabado y no sabía qué hacer. Empecé a hablarle de sus pérdidas y le di algunas ideas basadas en la experiencia de un amigo mío, también granjero en aquel país, que había fracasado durante diez años hasta dar con el método adecuado en el undécimo, y que ahora estaba sacando su negocio adelante con gran éxito.

Aquello le devolvió enseguida la esperanza a mi voluble compañero. Se animó, se puso de buen humor y se volvió muy confiado conmigo. Al final me dijo:

—Usted me ha hecho un gran favor, y yo voy a hacer algo por usted. Sé que es usted un espía alemán y que lo van a detener en la estación donde este tren se para a pasar la noche. En la última estación le vio un oficial que estaba fuera de servicio; mientras usted andaba por ahí, entró en la oficina de telégrafos y mandó un telegrama al comandante de la estación de destino, avisando de que un espía alemán había estado examinando los cañones y viajaba en este tren, en este vagón.

Me eché a reír al ver su error y le expliqué que yo no era alemán en absoluto. Me contestó que eso no me iba a servir de nada: si seguía hasta el final del trayecto, me detendrían igual. Y añadió:

—Yo me bajo en la próxima estación para ir a mi granja. Mi consejo es que usted también se baje allí. Encontrará una buena posada donde pasar la noche, y mañana por la mañana el primer tren le llevará sin problemas por el tramo donde esta noche el comandante militar le estará esperando.

Le respondí que, como inglés, no tenía nada que temer y que seguiría mi camino.

En la estación siguiente se bajó, y después de una despedida muy cariñosa continué el viaje. Pero entre aquella estación y la de la parada nocturna había otra más. Al llegar a ella, seguí el consejo de mi amigo: me bajé y pasé la noche en la pequeña posada del lugar. Por la mañana, tal como él me había dicho, tomé el primer tren y crucé sin problemas el punto dond-

e me habían estado buscando. Si no me bajé en su estación cuando me invitó a hacerlo fue porque pensé que su invitación podía ser una trampa para comprobar si yo era un espía; de haber aceptado, no me cabía duda de que tendría a mano a algunos amigos para organizar mi detención. Tal como salieron las cosas, me marché sano y salvo y con toda la información que quería sobre el nuevo cañón.

## 13. Burlando a un centinela turco



**L**OS TURCOS ACABABAN DE CONSTRUIR UN GRAN FUERTE NUEVO, y mi misión era hacerme una idea de su planta y de su construcción. Una mañana salí de mi posada del pueblo muy temprano, antes del amanecer, con la esperanza de no encontrarme a ningún centinela despierto. Así podría tomar los ángulos necesarios y medir a pasos las bases que me hacían falta para trazar un plano bastante preciso.

Ya lo había conseguido en parte cuando vi entre las dunas a otro individuo que miraba en todas direcciones y que, según me pareció, intentaba seguirme. Aquello era muy inquietante. Pasé parte del tiempo tratando de esquivar a este «cazador», convencido, como es natural, de que era alguien de la guardia que quería atraparme.

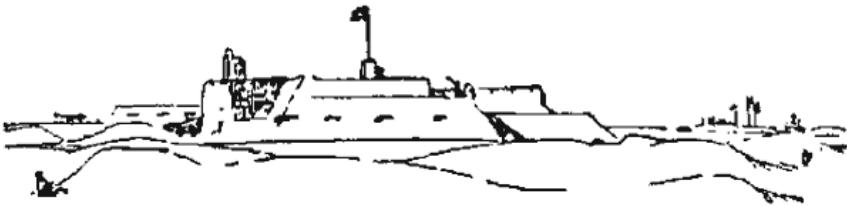
Por desgracia, al esquivarle me expuse más de lo habitual a la vista del fuerte, y uno de los centinelas me descubrió al instante. No entendía su idioma, pero sus gestos los comprendí perfectamente cuando se echó el fusil a la cara y me apuntó con toda calma. Así que me refugié en cuanto pude detrás de una duna, y allí me senté y esperé un buen rato a que se calmaran los ánimos.

De pronto, ¿a quién vi asomar con sigilo por la esquina de la duna? A mi amigo el «cazador». Era demasiado tarde para evitarle, y en cuanto me

vio pareció tener más ganas de marcharse que de detenerme. Los dos nos dimos cuenta de que cada uno temía al otro, así que nos acercamos con cierta timidez por ambas partes.

Aun así, nos pusimos a hablar en francés y muy pronto descubrí que, aunque éramos de nacionalidades distintas, los dos andábamos en el mismo juego: hacer un plano del fuerte. De modo que unimos fuerzas y, detrás de una duna, comparamos la información que habíamos reunido. Él dibujó un pequeño plano con el que pude completar todo el esquema.

Luego mi amigo se colocó en un sitio bien visible, de espaldas al fuerte, y se puso a fumar, con aire de no interesarse lo más mínimo por las defensas que tenía detrás. Con eso pretendía atraer la mirada del centinela y distraerle, mientras yo me deslizaba y me arrastraba hasta el otro lado de la fortificación, donde pude terminar nuestras mediciones con todo detalle. Así, entre los dos, conseguimos los dibujos del fuerte delante mismo de las narices del centinela: él solo tenía que llamar su atención mientras yo dibujaba.



*Así conseguimos otro espía y yo los dibujos de un fuerte delante mismo de un centinela. El espía de la derecha no hace más que atraer la atención del centinela, mientras yo, a la izquierda, hago los dibujos necesarios.*

Ya entrada la noche nos reunimos en la habitación del «cazador», terminamos los trazados y pasamos los dibujos a limpio; cada uno se quedó con una copia para sus superiores. Uno o dos días después tomamos un

vapor hacia Malta, desde donde cada uno volvería a casa; él, rumbo a Italia.

Como los dos teníamos que esperar uno o dos días en Malta, le hice de anfitrión durante su estancia. Al entrar en la bahía, le señalé los grandes cañones de 110 toneladas que entonces protegían la entrada y que podía ver cualquiera que tuviera dos ojos en la cara. Le señalé también otras baterías interesantes que estaban igual de a la vista, pero me olvidé de mencionar otras partes que le habrían interesado muchísimo más.

Aun así, se marchó de Malta convencido de que, en conjunto, había hecho un buen trabajo para su gobierno con aquel viaje, y de que había tenido la suerte de sacar algo muy valioso de algo tan sencillo como el paseo que le di.

Tuve la buena fortuna de volver a verle unos años después, y entonces, quizá sin querer, me devolvió el favor que yo le había hecho en Malta. Por aquel tiempo estaba al frente de un gran arsenal en una de las colonias de su país. El arsenal se encontraba en una ciudadela, en lo alto de una cadena de montañas, con un río rápido que corría alrededor de su base.

Mis órdenes esta vez eran averiguar si en aquella colonia existía alguna organización para movilizar a los nativos como reserva, en caso de que las tropas regulares tuvieran que entrar en acción en otra parte. También tenía que saber si se había previsto algún medio para armar a esos nativos y, si era así, de qué manera y en qué cantidad.

Como sabía que mi amigo estaba destinado allí, lo primero que hice fue visitarle, sin ningún plan concreto en la cabeza sobre cómo iba a conseguir la información. Él tuvo la amabilidad de llevarme a dar un paseo de inspección por la ciudad, río abajo y luego arriba, a la ciudadela.

Por un golpe de suerte, se me ocurrió que la ciudadela podría iluminarse con luz eléctrica aprovechando la fuerza del agua del torrente que corría al pie: bien diseñado, podría mover una dinamo a un coste muy

bajo. La idea me tenía tan ocupado que, mientras recorríamos los cuarteles y edificios del fuerte, no dejaba de señalarle lo fácil y barato que sería instalar cables e iluminar los distintos lugares. Poco a poco le convencí de que era un asunto que debía estudiar y proponer a su superior.

Al final, cuando ya lo había visto casi todo, mi amigo comentó:

—Supongo que no te importará echar un vistazo al arsenal. Es parecido a muchos otros que habrás visto ya.

Le aseguré que me interesaría muchísimo; de hecho, era imprescindible para hacer un cálculo aproximado de la iluminación. Así que me llevó dentro.

Allí estaban, galería tras galería, llenas de armeros con fusiles, todos muy bien cuidados. Sobre la puerta de cada sala figuraba el nombre de la tribu, el número de hombres que podían movilizarse en caso de necesidad, el número de armas y la cantidad de munición disponible para cada uno.

Después de enseñarme dos o tres salas, me dijo:

—Hay muchas más como estas, pero probablemente ya has visto bastante.

Protesté con vehemencia: tenía que ver las demás para poder valorar el proyecto de iluminación eléctrica. Si había muchas más salas, haría falta una dinamo más grande y, por tanto, un gasto mayor; aunque esperaba que, ahorrando en el número de lámparas, pudiéramos no pasarnos del presupuesto que yo había calculado al principio.

Así que recorrimos con paciencia todas las salas, viendo dónde podían colocarse las lámparas de la forma más económica. Yo hacía cálculos con lápiz y papel, que le iba enseñando, mientras apuntaba en el puño de la camisa los nombres de las tribus y el resto de la información que me habían pedido mis superiores en Inglaterra.

De este modo, el armamento de las tropas auxiliares nativas, su organización y sus efectivos resultaron relativamente fáciles de descubrir, gracias a uno de esos pequeños golpes de suerte que tantas veces me darían el éxito, ya fuera en la exploración o en el espionaje.

Pero había un trabajo más difícil: averiguar cuánto valía aquella gente en combate.



## 14. El turco y el té



**L**LEGARON INFORMES DE QUE EN UNO DE LOS FUERTES DEL BÓSFORO habían instalado unos cañones nuevos maravillosos, y de que se había observado un gran secreto en torno a su montaje. Mi deber era ir allí y averiguar todo lo que pudiera sobre ellos.

Mi primer día en Constantinopla lo pasé visitando los lugares de interés de la ciudad con una señora americana como guía. Cuando ya habíamos visto casi todo lo que suelen ver los turistas, me preguntó si había algún otro sitio que quisiera conocer. Le hice una confidencia a medias: le dije que daría cualquier cosa por ver por dentro uno de aquellos fuertes, si fuera posible.

Ella me respondió enseguida que estaría encantada de llevarme a ver a su viejo amigo Hamid Pachá, que estaba destinado en uno de ellos y siempre se alegraba de invitarla a una taza de té, a ella y a sus amigos.

Al llegar a la puerta del fuerte, el centinela y el oficial de guardia no querían dejarnos pasar, hasta que la señora dijo que era amiga del pachá. Entonces nos dejaron entrar de inmediato y nos llevaron a sus habitaciones.

Fue un anfitrión encantador. Nos recibió con la mayor amabilidad y, después de enseñarnos sus habitaciones y las muchas curiosidades que

ía coleccionado, nos llevó a recorrer el fuerte y nos mostró sus defensas, las antiguas y las modernas. Por último, nos enseñó los cañones. Dos de ellos, en un lugar destacado donde se veían fácilmente desde fuera, estaban tapados con lonas. Al verlos, mi emoción creció muchísimo, y en voz baja le pedí a la señora que le convenciera para dejarnos echarles un vistazo. Él accedió enseguida, creyendo que yo era americano, y con una sonrisa de oreja a oreja dijo:

—Esto es lo más reciente que tenemos.

Me estremecí cuando cayeron las lonas... y entonces reconocí los cañones: eran de fabricación moderna, sí, pero ni muy nuevos ni muy potentes. Y él mismo me desveló todo el secreto al añadir:

—Por supuesto, queremos que cierta potencia extranjera crea que estamos rearmando nuestros fuertes. Por eso hacemos correr la voz de que guardamos estos cañones en secreto y los tapamos para que no los vea ningún espía.

En otra ocasión tuve que inspeccionar algunas de las defensas de los Dardanelos, y descubrí que la mejor manera de hacerlo era desde el mar. Para ello embarqué en un pequeño vapor de carga que hacía la ruta entre Odesa y Liverpool, y aquel fue uno de los viajes más agradables y originales que he hecho nunca.

Un vapor cargado de grano hasta casi rebosar por los ventiladores resulta ser, contra todo lo que uno esperaría, un barco muy cómodo para navegar. El capitán y su mujer vivían en unos camarotes confortables en el centro del barco, bajo el puente; la cubierta siguiente estaba llena de cerdos y gallinas, que comían a sus anchas del cargamento. La ayudante del capitán era escocesa y, por tanto, una cocinera excelente.

Todo estaba limpio y era cómodo. El capitán era muy atento y sabía que yo tenía mucho interés en observar y examinar las defensas de la costa a medida que pasáramos.

Prácticamente me dejó tomar el mando del barco, tanto del rumbo como de los fondeos. Recorrimos los Dardanelos de un lado a otro y, cuando estábamos frente a alguno de los fuertes que necesitaba estudiar, echábamos el ancla.

Como es lógico, un rumbo tan errático despertaba curiosidad, y cuando una lancha del gobierno se acercó a preguntar por qué habíamos fondeado en tal o cual bahía, la respuesta fue que el mecanismo del timón no funcionaba bien y que habíamos tenido que parar a repararlo.

Mientras el barco estaba fondeado, se arriaba un bote y yo me alejaba en él un rato, en teoría para pescar, pero en realidad para acercarme a los fuertes y pescar información más que peces. Observaba los distintos tipos de cañones, dibujaba su posición y deducía el sector de tiro que les permitía la inclinación de sus troneras. También hicimos sondeos donde hacía falta y levantamos mapas de los posibles lugares de desembarco, tanto para un ataque como para otros fines.



## 15. Observando a los bosnios



**B**OSNIA Y HERZEGOVINA ESTABAN BAJO PROTECCIÓN AUSTRIACA y aportaban al ejército austriaco un nuevo contingente de infantería. Se decía que esta tropa tenía unas cualidades maravillosas para la marcha y una resistencia nunca vista hasta entonces entre las naciones europeas. Me enviaron a descubrir hasta dónde llegaban esas cualidades y cuál era el secreto de su éxito.

Los visité en su propio país. Pero antes pasé por Montenegro, donde había oído opiniones de los montenegrinos, que en esa materia no les concedían a sus vecinos más que una importancia muy relativa. Cuando le pregunté a un montenegrino qué pensaba de los bosnios en cuestión de marchas y escaladas, lo único que hizo fue escupir con desprecio. Luego me explicó que cualquier tonto puede subir un monte, pero que el montenegrino es el único hombre capaz de bajarlo.

Me señaló la torre redonda de Cetiña y me dijo que dentro había montones de cabezas de turcos. El motivo era que todo montenegrino que pudiera presentar un montón de nueve cabezas de turco cobradas por él mismo recibía del príncipe una medalla de oro.

Su método para conseguir cabezas de turco era el siguiente:

Un grupo de ellos hacía una incursión en territorio turco y se llevaba algo de ganado o algunas mujeres. Los turcos los perseguían hacia las montañas, y ellos huían ladera arriba a toda prisa, manteniéndose solo lo bastante lejos para que los turcos siguieran persiguiéndolos con todo su empeño. Cuando los turcos ya se habían lanzado de lleno a la persecución, los montenegrinos daban media vuelta de repente y cargaban monte abajo.

Los turcos no tenían escapatoria. Eran simples mortales y no sabían correr cuesta abajo. El montenegrino me enseñó su enorme rodilla desnuda y, dándole palmadas con orgullo, me dijo:

—Esto es lo que te lleva monte abajo. No hay otra nación que tenga rodillas como las de los montenegrinos. Y en cuanto a los bosnios...

¡Y volvió a escupir!

Sin embargo, como se decía que los bosnios hacían grandes cosas en materia de marchas para el ejército austriaco, mi siguiente paso fue ir a ver las maniobras austriacas.

Lo habitual es que se envíe a un agregado militar a presenciar esas maniobras; además, es invitado del general que las dirige. Pero desde esa posición le resulta muy difícil ver lo que pasa entre bastidores: solo le enseñan lo que quieren que vea. Mi tarea era meterme entre bastidores todo lo posible y conseguir otros puntos de vista.

Así que me uní a una escuadra de infantería, con la que pasé un par de días y de noches. Había llegado a cierta ciudad y no encontraba ninguna habitación donde dormir. Los hoteles estaban llenos, e incluso en las tiendas alojaban a los soldados para dormir encima y debajo de los mostradores, igual que en todos los desvanes y soportales del lugar.

Al final fui a la estación y le pregunté al jefe de estación si podía dormir en algún vagón de la vía. Me dijo que todos estaban llenos de tropas. Pero uno de los ferroviarios, que venía de la caseta de señales, un poco

más abajo de la vía, se compadeció de mí. Me dijo que, si quería, podía ir a su caseta, que compartía con su hermano, cabo de una escuadra, y que a lo mejor encontraba allí un hueco para tumbarme.

Subí encantado las escaleras de la caseta de señales, donde el cabo y sus hombres me dieron la bienvenida y compartieron conmigo sus provisiones. Después de cenar y charlar un rato, me tumbé a dormir entre ellos.

Fue interesante ver con qué conciencia hacía su trabajo aquel pequeño destacamento. Cada hora, durante toda la noche, el cabo salía a inspeccionar a su centinela como si estuvieran en campaña; las patrullas eran frecuentes y se entregaban partes, aunque ningún oficial se acercó por allí.

Durante los dos días siguientes tuvimos mucha experiencia de marchas y contramarchas, de disparos y de cargas. Pero, yendo a la cola de aquella inmensa masa de tropas, uno se daba cuenta enseguida del enorme desgaste que suponían los rezagados, y sobre todo los que tenían los pies destrozados. Era algo tan frecuente que pasaban carros recogiendo a los que tenían los pies heridos y los llevaban de vuelta a la vía del tren, donde cada tarde había un tren especial preparado para devolverlos a su guarnición.

Solo los pocos que no se recogían de esta forma sobre el terreno acababan en los hospitales de campaña. Así, la cifra de hospitalizados por los pies que se presentaba cada día al Estado Mayor era muy pequeña comparada con el número de hombres que quedaban fuera de combate por esa causa.

O sea, que mi amigo el montenegrino no había escupido sin motivo: los bosnios no tenían los pies más fuertes que las demás nacionalidades de aquel ejército tan variado.

## Oficiales austriacos

Yo sentía una gran simpatía por el ejército austriaco y por sus oficiales. Se parecían mucho a los nuestros, pero eran mucho más aficionados, tanto en sus conocimientos como en sus métodos de mando, que eran más viejos que el andar a pie y les hacían cometer errores a la menor ocasión.

El único que parecía darse cuenta era el anciano emperador en persona. Cuando aparecía al galope, se parecía mucho al duque de Cambridge en sus mejores tiempos cabalgando en plena tormenta.

El ejército estaba mandado por archiduques, por lo general hombres de edad, todos ellos muy nerviosos por lo que el emperador pudiera pensar de ellos cuando llegara. Se podía adivinar cuándo iba a llegar fijándose en los penachos de sus cascos. Un archiduque podía tener un aspecto muy valiente con toda su pintura de guerra, pero si observabas de cerca el penacho verde de su casco, notabas que temblaba con un estremecimiento muy claro en cuanto el emperador andaba por cualquier parte de la zona.

Parece que sus métodos anticuados y su inexperiencia les van a costar muy caros en la campaña actual.

## Un reto interesante

En el continente se ha inventado un nuevo método para iluminar el campo de batalla de noche. Se ha fabricado una sustancia química que permite a quien la usa encender en cualquier momento una luz potente sobre una gran extensión.

Según los rumores, era tan potente como un reflector y podía llevarse en el bolsillo. Pero se guardaba un gran secreto tanto sobre su composi-

ión como sobre los experimentos. En ese mismo ejército se decía también que estaban equipando un nuevo tipo de globo de observación con algunos de los aparatos más modernos.

Se informó además de que, junto a estas ayudas para el reconocimiento, se había inventado un nuevo método para que la caballería cruzara los ríos, gracias al cual todos los hombres y caballos de una división de caballería podían pasar sin dificultad ni retraso.

Por las tendencias políticas que había entonces en Europa, cabía la posibilidad de que esos rumores, como tantos otros, se hubieran hecho correr a propósito para dar prestigio moral al ejército en cuestión.

Mi deber era investigar todo lo posible cuánto había de verdad en ellos.



## 16. Encuentro con la policía



ERA UN PAÍS MUY DIFÍCIL PARA TRABAJAR, POR LAS ESTRUCTAS medidas policiales contra los espías de todo tipo, y averiguar lo que yo quería parecía una tarea imposible, porque uno podía estar seguro de que le vigilaban en cada esquina. Sin embargo, como descubrí después, precisamente con tantísima vigilancia policial uno podía avanzar con relativa facilidad. Eso sí, si uno actuaba con demasiado descaro, los observadores de la policía le llamaban enseguida.

Además, los espías suelen trabajar solos, y en esta ocasión yo iba con mi hermano. Eso nos facilitó las cosas, porque podíamos movernos como un par de turistas interesados en el país. Un hombre que viaja solo llama mucho más la atención y acaba bajo sospecha.

Nuestra entrada en el país no fue precisamente afortunada. En el tren nos metimos en un lío con el revisor por una ventanilla que él se empeñaba en cerrar y nosotros queríamos abierta. Además, en el mismo vagón viajaba un caballero de cierto renombre en el país, y en un momento de distracción le hice un pequeño boceto. Acababa de terminarlo cuando una mano me agarró del hombro por detrás: el revisor, que no nos quitaba ojo, me quitó el dibujo y se lo llevó para usarlo como prueba contra mí.

Debo decir que en aquel país un revisor de tren tiene una categoría equivalente a la de un coronel del ejército, así que no es alguien a quien se pueda tomar a la ligera. Al llegar a la estación de destino, nos encontramos en el andén con una especie de guardia de honor de gendarmes que nos esperaba, y nos llevaron puntualmente a la comisaría para que explicáramos nuestra conducta en el tren: nos habíamos atrevido a abrir la ventanilla cuando el revisor la quería cerrada y habíamos dibujado caricaturas de un «noble».

No ocultamos quiénes éramos y le entregamos nuestras tarjetas al comisario, que al verlas se puso furioso con nosotros. Saltaba a la vista que estaba decidiendo qué castigo imponernos antes incluso de escuchar nuestra versión. Pero, cuando vio que mi hermano figuraba como oficial de la Guardia, preguntó:

—¿Quiere decir esto que pertenece a la Guardia de Su Majestad la reina Victoria?

Al oír que sí, cambió por completo de actitud. Se levantó de un salto, nos pidió que nos sentáramos y nos explicó que todo había sido un malentendido. Era evidente que en su país los guardias gozaban de muchísima estima. Nos explicó que en el ferrocarril había ciertas normas menores, algo molestas, que había que hacer cumplir, pero que, por supuesto, a nosotros no nos afectaban esas pequeñeces. Luego, deshaciéndose en disculpas, nos acompañó a la puerta con una reverencia y salimos de la comisaría sin ninguna vergüenza.

## Éxito con el globo

No tardamos mucho en volver a meternos en apuros. Lo primero que nos preocupaba era averiguar dónde y cómo podríamos ver parte del material que habíamos venido a buscar. A unas cincuenta millas (unos 80 kilómet-

ros) se estaban celebrando unas maniobras, y allí fuimos sin perder tiempo, como turistas. Nos instalamos en una pequeña posada no muy lejos de la estación del tren, y durante los días siguientes dimos larguísimas caminatas siguiendo a las tropas y observando su trabajo por toda una amplia zona del país.

Al final de un día vimos un globo en el cielo y fuimos por el camino más corto hasta llegar a su base. Cuando lo bajaron y lo dejaron amarrado al suelo, los hombres se fueron al campamento a cenar y dejaron el globo sin nadie que lo vigilara. Poco después, los dos estábamos dentro de la barquilla tomando nota de todo: el tipo de instrumentos y el nombre de sus fabricantes. Así conseguimos toda la información y pudimos salir de allí antes de que volvieran los hombres.

## **Cómo entrar en un fuerte**

Nuestro siguiente objetivo era ver esa maravillosa iluminación para operaciones nocturnas. Durante nuestras caminatas habíamos dado con un gran fuerte desde el que se habían lanzado proyecciones de luz la noche anterior. Alrededor del fuerte, a unas veinte yardas (unos 18 metros), había una gran valla dispuesta de tal manera que nadie podía entrar en ese círculo sin ser visto. Pensamos que, una vez dentro, cualquier centinela o detective daría por hecho, como es natural, que teníamos permiso para estar allí.

Probamos la idea y funcionó de maravilla. Cruzamos los campos con toda tranquilidad, pasamos junto a los centinelas sin miedo y nadie nos preguntó nada ni una sola vez. Una vez dentro de esa línea, pudimos ir directamente al fuerte, y allí nos paseamos como si fuera nuestro.

Hace falta cierto arte para no parecer un forastero en un lugar nuevo. En los pequeños detalles, como el sombrero, las botas o el nudo de la

ata, conviene llevar cosas compradas en el país que visitas; si no, tus prendas de fabricación británica llamarán sin falta la atención del policía observador. En cuanto al comportamiento, tienes que desenvolverte como lo haría un nativo acostumbrado a estar allí.

Para entrar en un fuerte desconocido hay que actuar, más o menos, igual que cuando entras en una ciudad desconocida. Caminas como si tuvieras que ir a un sitio concreto, como si conocieras perfectamente el camino, sin mostrar ningún interés por lo que te rodea. Si te cruzas con un oficial o un personaje importante al que ves que todos saludan, salúdale tú también, para no llamar la atención. Cuando quieras observar algo en particular, te quedas haraganeando mientras lees un periódico o, si estás en una ciudad, miras todo lo que te interesa en el reflejo del escaparate de una tienda. En aquel país, la pena por espionaje era de cinco años de cárcel, sin opción a multa, o incluso sin juicio.

Después de haber entrado y salido con éxito —que es otra cosa—, estábamos tan eufóricos que esperamos a que cayera la noche para volver a intentarlo. No fue tarea fácil. Como el lugar estaba rodeado de puestos avanzados, la vigilancia era mucho más estrecha, a la espera de un enemigo que iba a lanzar un ataque simulado durante la noche. Manteniéndonos a sotavento de la posición, podíamos deslizarnos en silencio, olfateando la brisa, hasta saber dónde había un puesto avanzado y dónde había terreno despejado. Así, guiándonos por el olfato, logramos colarnos entre los puestos avanzados y llegar al fuerte.

## **Cómo conseguimos la luz secreta**

Ahora se trataba de pasar inadvertidos el mayor tiempo posible, y lo conseguimos bastante bien. Por suerte, llegamos justo antes de que empezaran los experimentos con los cohetes de iluminación. Todo el mundo est-

aba pendiente de ellos y nadie tenía tiempo de fijarse en lo que hacíamos nosotros. Observamos los preparativos y también los resultados. Después de estudiar la rutina y la disposición del ejercicio, al final logramos hacernos con algunos de los cohetes y con la composición de la mezcla luminosa, y con eso pudimos marcharnos. Sin perder un momento, entregamos nuestros tesoros a un agente de confianza, que los envió de inmediato a Inglaterra.

## **Cómo cruzamos el gran río**

Nuestro siguiente objetivo era ver cómo cruzaba el río la caballería. Gracias a una información que recibimos, nos presentamos en un punto del río poco antes de las diez de la mañana. Los agregados militares habían recibido aviso de que una brigada de caballería cruzaría el río por allí a las diez en punto, y su tren especial tenía que llegar más o menos a esa hora.

Allí estábamos nosotros, por suerte, con media hora de antelación, y vimos cómo toda la brigada bajaba al río y lo atravesaba en fila por un vado. Los caballos se mojaron en parte, pero no nadaron.

En la orilla de partida se quedaron unos pocos hombres. Estos cruzaron en cuanto pudieron —de hecho, eran todos los hombres y caballos que sabían nadar bien—, de modo que, cuando llegó el tren y los agregados bajaron a la orilla, se encontraron con la mayor parte de la brigada ya al otro lado, empapada, y con el resto cruzando a nado en ese momento.

Por supuesto, en sus informes afirmaron que habían visto a toda la brigada cruzar a nado. Pero esto pasa muy a menudo en los informes, que acaban difundiendo historias que no son del todo ciertas.



## 17. Capturado al fin



**A**NIMADOS POR EL ÉXITO AL COLARNOS EN LOS FUERTES DE DÍA y de noche, seguimos con el experimento muchas noches seguidas, observando las demás prácticas con reflectores, proyectiles iluminantes (*star shells*) y cohetes luminosos. Ya habíamos reunido, sin embargo, toda la información necesaria y no hacía falta volver.

Pero nos llegó la noticia de que habría una demostración final ante el mismísimo emperador, y no pude resistir la tentación de volver una vez más al fuerte. Tal como esperaba, para la ocasión se iba a celebrar un gran espectáculo pirotécnico.

Llegué con tiempo de sobra, antes que el emperador, y me coloqué en mi sitio de costumbre. Mi hermano se quedó fuera para ver el efecto de las luces desde el punto de vista del atacante.

Dentro, sin embargo, nada era como en las ocasiones anteriores. Se habían reunido allí muchísimos oficiales, y demasiados policías para mi gusto. Así que me arrepentí de mis intenciones y emprendí el camino de vuelta.

Iba caminando de regreso por el camino, a oscuras, cuando vi venir hacia mí las luces del séquito del emperador. En cuanto me pasó el primer

eza para que no me reconocieran a la luz de los faros. Mi gesto hizo sospechar a los ocupantes del primer coche, que eran algunos miembros del grupo de oficiales del emperador.

En un instante pararon el coche, corrieron hacia mí y, casi sin decir palabra, me agarraron, me metieron a empujones en el coche con ellos y me llevaron de vuelta al fuerte. Me preguntaron un par de cosas, como quién era y qué hacía allí. Al llegar al fuerte me entregaron a otros oficiales, que volvieron a preguntarme qué asuntos me traían. Lo único que pude decir fue que era inglés, que había estado viendo las maniobras como espectador y que estaba deseando encontrar el camino a la estación, que quedaba a unas diez millas (unos 16 kilómetros). Era la pura verdad, pero no les bastó. Inmediatamente me metieron en un coche y me mandaron de vuelta a la estación a cargo de un oficial, con el fin de entregarme a la policía y llevarme a la capital.

Aquello ocurrió en mis tiempos de aprendiz, y había cometido la tontería de tomar algunas notas que, aunque eran indecifrables, quizá podrían haberse usado como prueba contra mí. Así que, en cuanto nos pusimos en marcha, me dediqué a romperlas en trocitos y a tirarlas por la ventanilla del coche cuando mi guardián miraba hacia otro lado.

Al llegar a la estación había que esperar un poco, y pregunté si podía ir a la posada a recoger mis cosas. Me dieron permiso y me llevaron allí bajo la vigilancia de un agente de policía.

Hice la maleta a toda prisa, y el buen agente se empeñó en ayudarme, recogiendo todo lo que veía por la habitación y metiéndolo con mis cosas. Por desgracia, guardó también las de mi hermano; así que, en cuanto se dio la vuelta, las escondí debajo de su cama, porque no quería que se supiera que él también estaba allí.

Una vez lleno por fin mi baúl, lo siguiente que me preocupaba era dejarle un aviso a mi hermano para que no le atraparan. Así que, mientras

hacía como que le pagaba la cuenta al posadero, al que había llamado el policía, escribí una nota de advertencia en un trozo de papel y la metí a presión en la lámpara, donde mi hermano no podría dejar de encontrarla cuando volviera más tarde. Luego me llevaron a la estación y de allí a la capital, custodiado por un oficial de húsares de muy buen carácter. Con todos los buenos sentimientos y la auténtica hospitalidad propios de su clase, se empeñó en comprar media docena de botellas de cerveza para mí — porque yo era inglés— y me ayudó así a sobrellevar el mal trago de las primeras horas de la madrugada.

Al llegar a la capital me instalaron en un hotel, me quitaron el pasaporte y me dijeron que debía quedarme allí hasta que me llamaran. Mientras tanto, podía moverme por la ciudad y sus alrededores, pero no alejarme sin permiso. Muy pronto descubrí que me vigilaba un detective puesto allí a propósito; y también conocí a un espía extranjero que trabajaba de camarero en el hotel. Estaba tan bien informado de alta política y de asuntos militares que supuse que sería un oficial del servicio de inteligencia. Conmigo fue amabilísimo y me ayudó mucho en aquel aprieto.

Me señaló quién era el detective entre el personal del hotel y me explicó que su tarea consistía solo en vigilarme: averiguar qué hacía cada día e informar por teléfono al jefe de la policía. Me aconsejó que, antes de salir cada día, le contara mis planes al conserje; así los detectives sabrían adónde iba, lo telefonarían a la policía y esta pondría a sus propios detectives a vigilarme mientras estuviera fuera.



## 18. La huida



A L POCO TIEMPO, MI HERMANO VINO A REUNIRSE CONMIGO DES- de la zona de las maniobras, pero al hacerlo quedó también vigilado y bajo sospecha, de modo que éramos prácticamente un par de prisioneros. Tanto era así que, unos días después, a la hora del almuerzo, recibimos la visita de un amigo bien situado que también tenía contactos con la policía. Nos aconsejó que lo mejor que podíamos hacer era escapar del país mientras aún fuera posible, y se ofreció a organizarlo todo. La idea era escabullirnos hasta un puerto, embarcar en un vapor británico como si fuéramos dos tripulantes más y salir así del país.

Ese era el plan. La dificultad estaba en llevarlo a cabo. Se encontró un barco cuyo capitán estaba dispuesto a recibirnos a bordo, siempre que consiguiéramos llegar hasta él sin que nos vieran. Con la ayuda de nuestro amable camarero, le hicimos creer al detective del hotel que estábamos hartos de vivir bajo sospecha y que, con todo descaro, íbamos a tomar el tren para salir del país.

A las diez vendría un taxi a recogernos a nosotros y nuestro equipaje para llevarnos a la estación. Nadie podía impedirnoslo, porque éramos ingleses libres y no estábamos sometidos a las normas de nadie. El embajador y todas las demás autoridades se iban a enterar de aquello. Todo esto

iba dirigido al detective, que se limitaría a comunicarlo por teléfono a la comisaría de la estación, donde nos detendrían en el momento de partir.

Subimos al taxi y recorrimos las calles en dirección a la estación hasta perder de vista el hotel. Entonces le dijimos al conductor que queríamos ir a otra estación. Para ello había que ir hasta el río y tomar el transbordador. Fueron momentos de mucha angustia. ¿Nos habrían descubierto? ¿Estábamos perdidos? ¿Nos estaban siguiendo?

Esas preguntas se irían respondiendo solas a medida que avanzara nuestra maniobra. Y la respuesta, cuando llegara, iba a significar muchísimo para nosotros: ¡el triunfo o cinco años de cárcel! Motivos para estar nerviosos no nos faltaban. Aun así, no nos preocupaban tanto las consecuencias como el presente: cómo escapar de la persecución y evitar que volvieran a capturarnos.

Al llegar al transbordador, pagamos al taxista y fuimos hacia el muelle. Allí encontramos un bote ya preparado y nos dirigimos hacia el barco, que esperaba entre la niebla en medio del río, listo para zarpar en cuanto subiéramos a bordo.

En aquel momento decisivo, a mi hermano se le ocurrió la temeridad de ponerse a regatear con el barquero. Yo le exigí que le pagara el doble de lo que pedía con tal de quedar libres, pero mi hermano estaba muy tranquilo y, por una vez, ¡tenía razón! Al regatear el precio disipó cualquier sospecha que el hombre pudiera tener sobre nosotros, y al final llegamos sanos y salvos a bordo y nos alejamos.

## Conclusión



**E**STAS SON ALGUNAS DE LAS EXPERIENCIAS MENORES QUE, AUNQUE no sean muy sensacionales en sí mismas, forman parte del trabajo diario de un «agente de inteligencia» (es decir, de un espía). Además de librar ese trabajo de cualquier sospecha de monotonía, le añaden, por lo general, ese toque de aventura y emoción que hace del espionaje el deporte fascinante que es.

Y cuando uno se da cuenta, además, de que puede dar resultados de valor incalculable para el propio país en tiempo de guerra, siente que, aunque sea un tiempo que se disfruta a manos llenas, no es tiempo perdido. Y si el «agente» cae prisionero, o «pasa» sin honores y sin que nadie le conozca, sabe en el fondo de su corazón que ha luchado por su país con tanto valor como sus compañeros que cayeron en la batalla.